

Selección TERROR

Lou Carrigan

FAUCES SANGRIENTAS



SELECCION
TERROR

LOU CARRIGAN

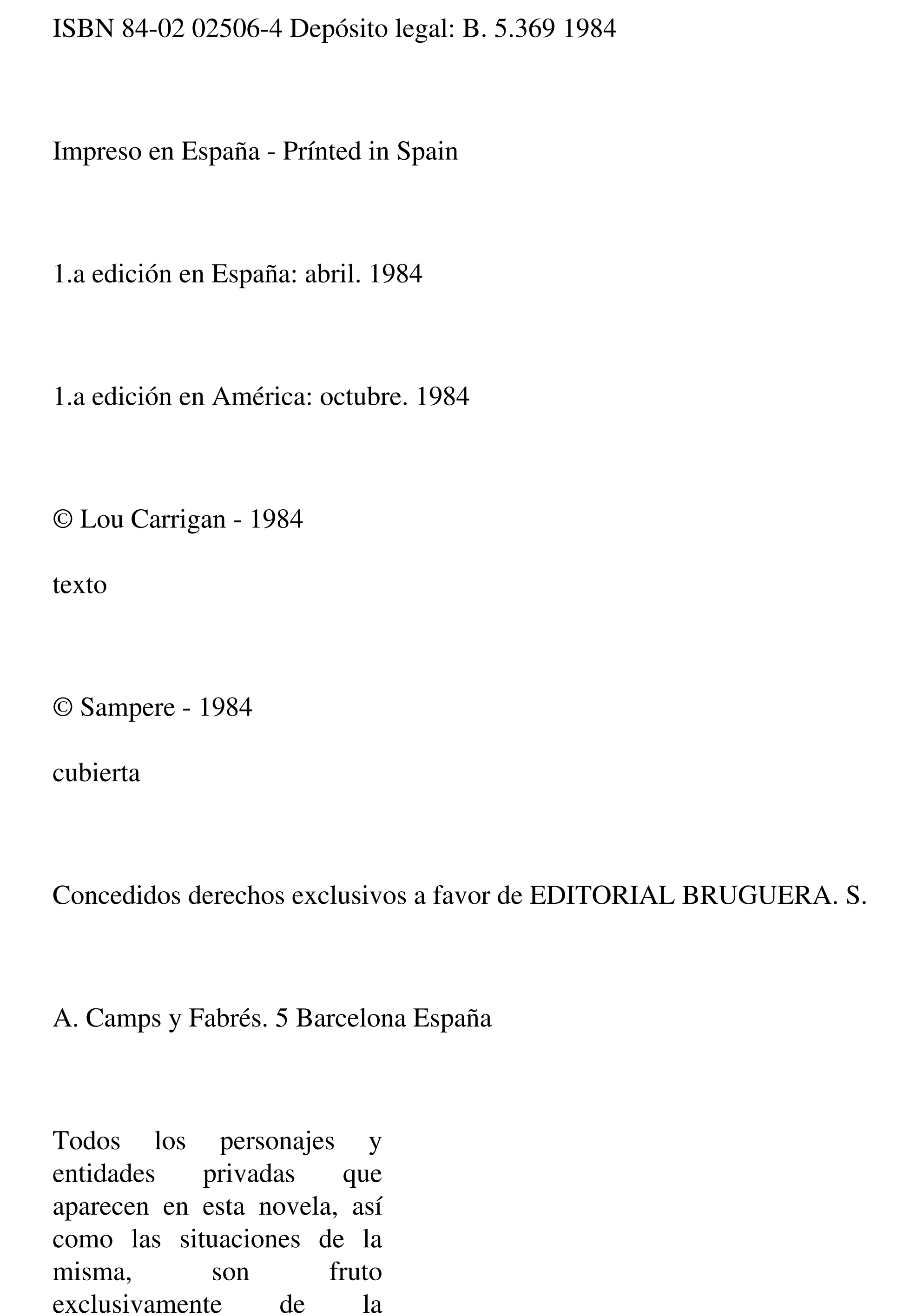
FAUCES SANGRIENTAS

Colección SELECCION TERROR n.° 575 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



ISBN 84-02 02506-4 Depósito legal: B. 5.369 1984

Impreso en España - Prínted in Spain

1.a edición en España: abril. 1984

1.a edición en América: octubre. 1984

A. Camps y Fabrés. 5 Barcelona España

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales,

seré simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Paréis del Vallés
IN 152. Km 21.6501 Barcelona 1984

FAUCES SANGRIENTAS

Hacía apenas veinte minutos que se habían abierto las puertas de la sucursal del Bank of Florida en la sucursal de Flagler Street de Miami cuando entraron los animales.

De momento, nadie reaccionó; todos los presentes quedaron entre sorprendidos y absortos mientras los cuatro perros gigantescos y los tres chimpancés que tan rápidamente habían entrado se distribuían por el local del banco con la misma rapidez con que habían entrado.

En menos de tres segundos la situación quedó muy bien definida: los cuatro perros se habían quedado en la parte del local destinada al público, y los tres chimpancés habían saltado los mostradores y ocupaban la superficie de otras tantas mesas de los empleados, a uno de los cuales le tendía una pequeña grabadora uno de los chimpancés. Las pocas personas que había en el banco, incluido un niño, no acertaron a moverse; simplemente, estaban paralizados por el miedo que les producía la amenazadora actitud de los cuatro perros, que parecían vigilar todo su entorno furiosamente.

El vigilante del banco, un hombre de unos cincuenta años, alto y fuerte, y armado con un Colt 38 cuya culata sobresalía de la funda, sentía dentro de sí la tensión lógica que le producía aquella circunstancia: por un lado, su obligación era reaccionar, hacer algo. Por otro lado, como las demás personas presentes, había recordado súbitamente las noticias leídas en los periódicos o vistas en televisión respecto a dos anteriores atracos que les habían parecido increíbles a todos.

Y sin embargo, parecía que era verdad, y que en esta ocasión les había tocado a ellos, a todos los presentes: igual que las dos veces anteriores, un grupo de perros y monos se disponía a asaltar un banco…

El empleado al que el chimpancé le tendía la pequeña grabadora a pilas la tomó, pálido como un muerto. Había visto fotografías de cómo quedaron dos de las víctimas del atraco anterior, y aparte de que él no era ningún héroe una cosa era morir y otra era morir como habían muerto aquellas dos desdichadas personas atacadas por los perros y los monos.

—¡Huhí, huhí, huhí…! —gritó el chimpancé que había entregado la grabadora.

El empleado bancario casi se atragantó con su propio aliento, y se apresuró a

accionar el pequeño aparato, del que inmediatamente brotó una voz humana, masculina, muy suave, expresándose en estos términos:

—Disponen de diez segundos para entregar a los monos seis bolsas conteniendo cada una de ellas el suficiente dinero para que se vean llenas. No intenten engañar a los monos, pues sus cerebros han sido sustituidos por los de seres humanos más inteligentes que ustedes, y lo sabrían. Al menor intento de engaño o de resistencia por parte de cualquier empleado, cliente o vigilante armado mis amigos les atacarán. Los diez segundos empiezan a contar ahora. Diez…

Los empleados del banco comenzaron a moverse a toda velocidad, agarrando bolsas del banco y comenzando a llenarlas con fajos y puñados de billetes. Los monos, subidos a las mesas, los observaban atentamente. Al otro lado de los mostradores nadie se movía.

El vigilante armado sentía como un reguero de frío sudor en la espalda, y, su estómago, como si una bola de veneno hubiera reventado y lo estuviera aniquilando.

Solamente se oía la voz que contaba lentamente los segundos, en cuenta atrás:

—…seis… cinco…, cuatro…

En dos rincones del local bancario sendas cámaras de televisión estaban tomando la escena en vídeo. Mientras tanto, por supuesto, se había producido la alarma automática, pero los animales «sabían» que contaban con el tiempo suficiente para escapar.

—…dos…, uno… ¡cero!

Los perros comenzaron a gruñir, los monos se enfurecieron y comenzaron a saltar sobre las mesas violentamente, y enseguida a lanzar montones de papeles a todos lados.

En un instante, como poseídos de una furia escalofriante, los tres chimpancés rompieron y desordenaron todo cuanto estaba a su alcance, mientras los empleados del banco, lívidos, colocaban las bolsas sobre una de las mesas.

Los chimpancés se apoderaron de ellas. Casi todas estaban llenas en buena medida, pero había una cuyo contenido no le resultó satisfactorio al chimpancé que la cogió, y que demostró bien claramente su furia: como enloquecido, saltó contra uno de los empleados y comenzó a darle golpes y morderle furiosamente. En cuestión de tres segundos, para espanto de los

presentes, la cara del empleado del banco quedó convertida en una máscara sangrienta, y uno de los ojos, reventado con un golpe que al mismo tiempo casi lo arrancó, lanzó un surtidor líquido hacia el chimpancé, que todavía se enfadó más…

Al otro lado del mostrador, el vigilante armado no pudo resistir más aquel veneno que le quemaba las entrañas; pudo más su dignidad que su miedo, y echó mano al revólver que portaba a la cintura.

Un instante más tarde, las mandíbulas de uno de los perros se cerraban como un cepo de acero en su garganta, y el hombre lanzó un alarido que contribuyó a impulsar con más fuerza afuera la sangre que salió en grueso chorro de su garganta. El hombre cayó hacia atrás, con el revólver en la mano, y otro de los perros casi se la arrancó de un mordisco.

Prácticamente, el vigilante estaba muerto cuando el tercer perro le desgarró el abdomen con una dentellada ferocísima que hizo saltar al exterior parte de los intestinos.

Una mujer se desmayó, cayendo pesadamente al suelo, sin que nadie se moviera para ayudarla. El niño se había sentado en el suelo, y ocultaba el rostro entre sus manos. Un hombre dio un paso hacia el vigilante que estaba siendo destrozado, y el cuarto perro saltó sobre él y de un mordisco le arrancó una mejilla como si se tratase de papel mojado.

El aullido del hombre fue espantoso mientras caía de rodillas, casi fuera de las órbitas los ojos.

En un instante, en menos de cuatro segundos, el vigilante quedó poco menos que descuartizado, mostrando entrañas esparcidas por todas partes, sangrando como un surtidor por la destrozada garganta, destrozado el rostro, casi arrancado un brazo.

El hombre mordido en la cara estaba ahora intentando quitarse de encima al mismo perro, que buscaba su garganta. Tras el mostrador, los monos estaban causando también auténticos destrozos físicos entre los aterrados empleados, que no sabían dónde esconderse.

Parecía talmente que dentro del local hubiera estallado un bidón lleno de sangre que hubiera llegado a todas partes: muebles, paredes, papeles, mostradores, cristales… todo era como un salpicadero increíble de sangre que subrayaba la horripilante escena.

Otra de las mujeres comenzó a gritar como si la estuviesen descuartizando a

ella, y al oírla uno de los perros volvió la cabeza y la miró con ojos llameantes, como si fuesen propiamente llamas furiosas.

De repente, todos los animales dejaron de morder, golpear, gruñir y destrozar. Los chimpancés recogieron las bolsas con el dinero, saltaron con su característica agilidad al otro lado del mostrador, y corrieron hacia la puerta arrastrando las bolsas, seguidos por los perros.

En el momento en que salían los chimpancés llegaba un policía, que al ver a los animales se detuvo en seco, y casi se pudo ver cómo se le ponían los pelos de punta mientras con gesto instintivo intentaba sacar su arma…, y uno de los perros saltaba hacia él como un rayo negro y aniquilador. La dentellada, que iba dirigida a la garganta del policía, le alcanzó en la barbilla y un lado del cuello, forzando la cabeza de un modo increíble. El policía lanzó un berrido espeluznante, retrocedió, cayó de espaldas, y el perro pasó por encima de él. Una de sus patas traseras pisó el rostro del hombre, con tal fuerza que lo desgarró y al mismo tiempo le hizo golpearse con la parte posterior de la cabeza contra el suelo, quedando casi inconsciente. De pasada, otro de los perros mordió la mano armada del policía, arrancándosela. El hombre emitió un extraño suspiro, puso los ojos en blanco, y quedó inmóvil, como muerto. El perro sacudió las fauces y lanzó la mano y goterones de sangre lejos de sí.

La gente que pasaba por la acera comenzó a chillar entonces. Y justo en ese momento llegaba la camioneta que se detenía justo delante del banco. Desde unos cuarenta metros, un hombre que cruzaba la avenida vio perfectamente cómo las puertas de atrás de la camioneta se abrían, manejadas por un chimpancé. El hombre quedó clavado al suelo, contemplando con aterrada incredulidad cómo los chimpancés que habían salido del banco, y los perros, todos manchados de sangre en el cuerpo y sobre todo en las fauces, subían a la camioneta, que partió de allí como una exhalación.

El primer policía de los muchos que llegaron al poco que entró en el banco, y vio lo que habían dejado tras ellos los animales, comenzó a vomitar el café que había tomado hacía menos de veinte minutos, y tuvo tal acceso de asco y bilis que cayó sentado y luego se retorció hacia un costado.

Dentro del local bancario salpicado de sangre por todas partes se oían gemidos, sollozos y alaridos de espantoso dolor.

Por la tarde, los periódicos y demás órganos de información dirían que la banda de animales se habían llevado cerca de un millón de dólares de la sucursal del Bank of Florida en la Flagler Street de Miami.

Pero todavía más lamentable, un total de ocho personas habían sido atacadas

por aquellas fieras. De esas ocho personas, dos habían muerto (el vigilante del banco y uno de los empleados), y las demás, que tardarían en recuperarse, quedarían señaladas física y mentalmente de tal manera que jamás se recuperarían.

Era el tercer golpe de la banda de animales a la que, finalmente, y de modo muy adecuado, un periodista le puso el nombre de Fauces Sangrientas.

CAPITULO I

El teniente Clifford Daniels, de la Brigada de Homicidios del Police Department de Miami, leyó el nombre escrito en el trozo de papel que le había entregado un segundo antes su hombre de confianza dentro del grupo de detectives que dirigía, Bob Frost.

El nombre escrito era: Amelia Waverly.

Clifford miró de nuevo a Frost, agitando el trozo de papel.

—Bueno, ¿quién es? —gruñó.

—Amelia Waverly.

—¡Ya sé eso, maldito seas! ¡Me traes un nombre escrito en un trozo de papel y me…!

—Lo anoté donde pude. Ella insistió. Dice que es veterinaria.

—¿Que es qué?

—Veterinaria. Ya sabes, de esas personas que son médicos de animales.

Cliff Daniels quedó atónito. Lo que le faltaba. Llevaba más de tres meses detrás de aquel maldito asunto de los animales asesinos, aquella mañana se había producido el tercer caso, que lo tenía loco y acorralado por la prensa, el público y sus superiores, y ahora se presentaba una veterinaria en su despacho del Police Department. Una veterinaria.

Por fin, Cliff parpadeó, y masculló:

—Está bien: una veterinaria. ¿Y qué es lo que quiere?

—Hablar contigo.

—Dile que estoy muy ocupado.

—Se ha enterado de que eres el polizonte que dirige esta investigación, y quiere hablar contigo.

—Estoy ocupado.

—Es muy insistente y persuasiva.

—Maldito seas. Bob: ¿estoy o no estoy ocupado?

—Yo la recibiría.

—¿Sí? ¿Por qué?

Bob Frost puso los ojos en blanco, suspiró, y dijo:

—Es más hermosa que Venus saliendo del mar.

—Vete al cuerno, cretino —masculló Cliff—, ¡Para Venus estamos nosotros con todo este follón!

—Es guapísima. Cliff. Es el novamás, lo juro. Si la vez te enamorarás de ella, como yo. La amo. La adoro. Dios mío, ¡estoy loco por ella, te lo juro!

—¿La conocías de antes? —casi sonrió por fin Clifford.

—Si la hubiera conocido antes ya sería un hombre casado. Y tú también. Y cualquiera.

—En ese caso, debemos pensar que uno de los hombres que la vio antes que nosotros ya se casó con ella. O sea, que está casada.

—Ya me has arruinado el día —se lamentó Frost—: ¡¿tenías que decir eso?! Cliff, es guapísima. Y tiene una cara de inteligente y cachonda que tira de espaldas. ¡La amo! Tienes que recibirla, aunque sólo sea para hacerme quedar con bien ella y citarla para cenar esta noche y todo eso.

Clifford Daniels miró alrededor. Todo estaba lleno de notas recibidas del hospital, de periódicos, de recados telefónicos de gentes que decían haber visto la camioneta llena de monos en veinte sitios al mismo tiempo, de partes médicos…

—Está bien, Bobby, dile a Venus que pase.

—Estupendo. Pero yo la he visto primero, ¿eh?

—Sí, hombre, sí.

Bob Frost salió del despacho. Cuando regresó, Daniels estaba encendiendo con gesto cansado un cigarrillo, mientras pensaba en la enormidad de trabajo

que se le había echado encima con aquel caso, y que, ciertamente, tenía que solucionarlo pronto o dedicarse a vender escobas por las alcantarillas…

Fue entonces cuando entró Amelia Waverly. Clifford Daniels se quedó con el cigarrillo delante de la boca, la bocanada de humo a medio tragar, y el ojo derecho entornado.

Luego, de repente, comenzó a toser, y así estuvo hasta que Frost le puso en las manos un vaso encerado de agua y le obligó a beberla.

Mientras tanto. Amelia Waverly seguía allí, de pie al otro lado de la mesa, mirando amablemente al teniente Daniels, que tenía que dar crédito a lo que veían sus ojos: un metro setenta y pico de estatura, un cuerpo fino, prieto, bien moldeado, espléndido, en el que destacaban unos pechos hermosísimos, grandes: grandes quiere decir grandes, no enormes, ni ubres vacunas: grandes, eso es todo. El rostro de Amelia Waverly, adornado (y nunca mejor dicho) con una boca sonrosada, unos ojos azules y cuatro pecas en cada deliciosa mejilla, era una delicia. Por entre su revuelta y «enorme» cabellera de un rubio solar se veían las orejitas más deliciosas que el teniente Daniels había visto jamás. La garganta era para comérsela, vamos…

Al pensar en esto de la garganta, otras cosas vinieron a la mente de Cliff, que torció el gesto, y, finalmente, pudo reaccionar.

—Por favor, siéntese, señorita Daniels… ¿Cómo está usted?

—Gracias. Muy bien, teniente. ¿Y usted?

—Oh, muy bien, desde luego.

—Pues hace un momento me ha parecido que tenía bronquitis.

Bob Frost soltó una risita. Cliff le dirigió una mirada asesina, y dijo:

—Bob, sal a la calle a ver si llueve.

—Enseg… ¡Cómo, a ver si llueve! ¡Hace un sol de narices!

—Pero quizá se esté nublando.

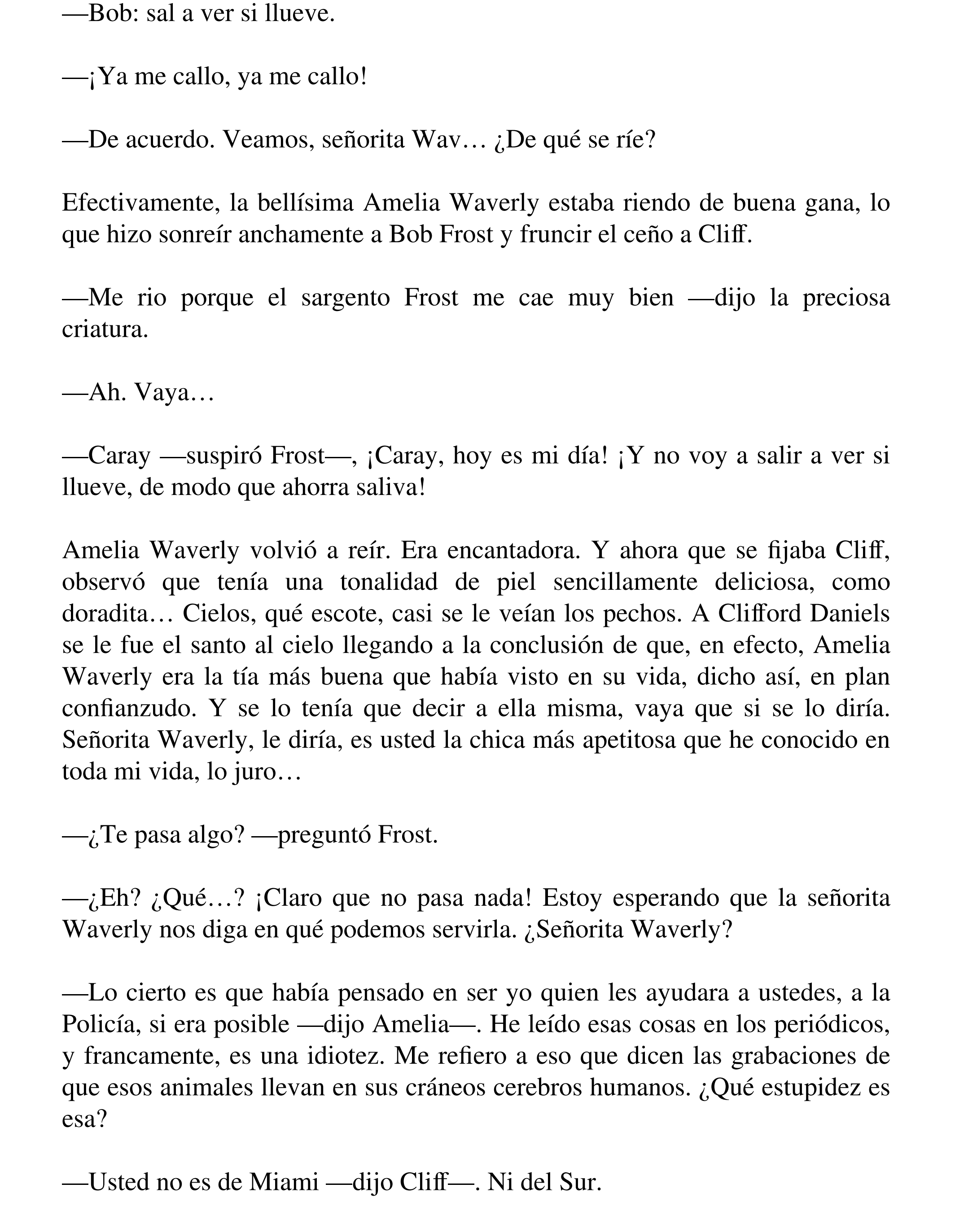
—¡Claro que no está nublando! ¡Y quiero quedarme!

—Entonces cierra el pico, ¿de acuerdo? De acuerdo. Veamos, señorita Waverly… ¿Digo bien? ¿Señorita?

—Sí, sí, soy soltera. ¿Y usted, teniente?

—¿Yo? Pues también…

—Yo también soy soltero —dijo Frost.



—Bob: sal a ver si llueve.

—¡Ya me callo, ya me callo!

—De acuerdo. Veamos, señorita Wav… ¿De qué se ríe?

Efectivamente, la bellísima Amelia Waverly estaba riendo de buena gana, lo que hizo sonreír anchamente a Bob Frost y fruncir el ceño a Cliff.

—Me rio porque el sargento Frost me cae muy bien —dijo la preciosa criatura.

—Ah. Vaya…

—Caray —suspiró Frost—, ¡Caray, hoy es mi día! ¡Y no voy a salir a ver si llueve, de modo que ahorra saliva!

Amelia Waverly volvió a reír. Era encantadora. Y ahora que se fijaba Cliff, observó que tenía una tonalidad de piel sencillamente deliciosa, como doradita… Cielos, qué escote, casi se le veían los pechos. A Clifford Daniels se le fue el santo al cielo llegando a la conclusión de que, en efecto, Amelia Waverly era la tía más buena que había visto en su vida, dicho así, en plan confianzudo. Y se lo tenía que decir a ella misma, vaya que si se lo diría. Señorita Waverly, le diría, es usted la chica más apetitosa que he conocido en toda mi vida, lo juro…

—¿Te pasa algo? —preguntó Frost.

—¿Eh? ¿Qué…? ¡Claro que no pasa nada! Estoy esperando que la señorita Waverly nos diga en qué podemos servirla. ¿Señorita Waverly?

—Lo cierto es que había pensado en ser yo quien les ayudara a ustedes, a la Policía, si era posible —dijo Amelia—. He leído esas cosas en los periódicos, y francamente, es una idiotez. Me refiero a eso que dicen las grabaciones de que esos animales llevan en sus cráneos cerebros humanos. ¿Qué estupidez es esa?

—Usted no es de Miami —dijo Cliff—. Ni del Sur.

—Soy de Nueva York, y efectué allí mi carrera, y allí la estoy ejerciendo, en Manhattan. ¿Qué tiene que ver eso con el asunto?

—Pues que…

—¿Qué hace una maravilla como usted en un sitio como este? —dijo Bob Frost.

—Estoy de vacaciones —le miró siempre sonriente Amelia—. He venido a Florida a tomar el sol, a ver palmeras y el mar, hermosas playas y todo eso que se anuncia en los folletos. Y cuando apenas estoy empezando a tomarle el gusto al sitio me entero de todas esas tonterías de monos y perros con cerebros de seres humanos.

—Si usted fuese de aquí —consiguió meter baza Clifford— sabría que además de ser este el tercer atraco de esas características, el jefe de las Fauces Sangrientas ya nos dejó la primera vez una grabación en la que decía que él era un genio, que había conseguido trasplantar cerebros de animales a personas y viceversa y que…

—¿De animales a personas? —exclamó Amelia.

—Exactamente.

—Bueno, ¿ve? —sonrió la encantadora Amelia—. ¡Eso sí que sería posible!

—¿Sí? ¿Y por qué no al revés, esto es, de personas a animales?

—Porque la capacidad craneal de un ser humano permite recibir un cerebro de chimpancé, por ejemplo; en cambio, la capacidad craneal de un chimpancé no admitiría un cerebro del tamaño de un ser humano.

—¡Así se habla! —exclamó Bob Frost—. ¿Quiere un café, señorita Waverly? ¿Coca—cola, cerveza, agua, piña colada…?

—Nada, gracias, sargento —rio ella.

—No es sargento —dijo cáusticamente Clifford.

—Todavía —alzó un dedote Frost.

—Pues él me dijo que era sargento —explicó Amelia.

—Pues no lo sé… todavía. Mire, señorita Waverly, el encargado de este

asunto, policialmente hablando, soy yo. Y agradezco mucho sus buenos deseos de colaborar, pero no entiendo cómo. El hecho cierto es este: hace más de tres meses se produjo el primer atraco con animales, y murieron dos personas; en el segundo hubo suerte; sólo quedaron cuatro lisiados de por vida: en el último, ya lo ha leído usted, ha muerto dos personas… Y todo ello debido a una banda de animales que, según su… dirigente o jefe, han sido trasplantados con cerebros humanos, lo que los convierte en sumamente inteligentes y perspicaces. En compensación, según debemos creer, hay por ahí algunos seres humanos que llevan dentro del cráneo el cerebro de un chimpancé o de un perro. Las consecuencias de esto no puedo imaginarlas, pero sí sé que los perros y los monos han hecho mucho daño, y que estoy dispuesto a dejarme el pellejo en solucionar este caso. Ahora dígame: ¿qué puede hacer usted exactamente para ayudar a la Policía?

—Entiendo que la gente está muy asustada —dijo seriamente Amelia—, así que se me ha ocurrido que unas declaraciones de una veterinaria de bastante prestigio en Nueva York podría tranquilizar el ambiente. Si usted quiere puedo dar algunas explicaciones a los medios informativos asegurando que todo eso es imposible, y que cuando aparecen esas bestias son eso: bestias y nada más.

—No quisiera que se perdiera usted sus vacaciones por colaborar, señorita Waverly.

—¿Qué quiere decir? Noto en su voz un tono como de guasa, teniente.

—El teniente cree que usted lo que pretende con todo esto es promocionarse, señorita Waverly —explicó agudamente Bob Frost.

—¡Claro que no! —enrojeció de ira la muchacha—. ¡Es usted un estúpido! ¡Soy una ciudadana consciente, y todo lo que deseo es ayudar a la Policía y decirles a las personas que puedan encontrarse con ese grupo de animales…!

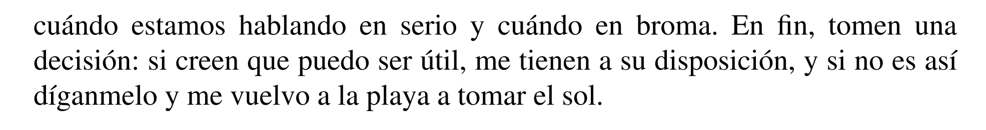
—Tranquilícese —gruñó Clifford—. Todos podemos equivocarnos, ¿no?

Amelia vaciló, pero acabó por asentir.

—De acuerdo. Mire, yo no necesito publicidad: no sólo tengo un consultorio en la Quinta Avenida que me funciona de maravilla, sino que ya soy rica hace generaciones, ¿comprende?

—Esto ya es demasiado —se relamió Frost—. ¿Quiere casarse conmigo?

—Cuando sea sargento tal vez —rio Amelia—. Oigan, con ustedes dos no sé


cuándo estamos hablando en serio y cuándo en broma. En fin, tomen una decisión: si creen que puedo ser útil, me tienen a su disposición, y si no es así díganmelo y me vuelvo a la playa a tomar el sol.

—Apuesto a que es una playa privada —dijo Frost—, ¿En qué hotel está alojada?

—No estoy en un hotel. He alquilado un apartamento en Collins Avenue, cerca de Surfside, frente al mar. ¿Quiere que le anote la dirección y el teléfono, sarg…? Bueno, si no es sargento ¿cómo debo llamarlo?

—Llámeme Bob —suspiró Frost—. Y no se olvide de anotarme su número de teléfono.

Amelia anotó su dirección y número de teléfono en la cuartilla que colocó ante ella Bob Frost. Luego, miró a Clifford Daniels, que permanecía pensativo mirándola. Sin dejar de mirarla a ella, Cliff preguntó:

—¿Todavía están los periodistas por ahí fuera, Bob?

—La mayor parte de ellos. ¡Su única pista somos nosotros!

—Al menos ellos tienen una pista —gruñó Cliff—, Bueno, diles que si consiguen un par de cámaras de televisión además de sus grabadoras y cámaras fotográficas, y se portan bien, sin alborotos ni exigencias, dentro de quince minutos les ofreceré una entrevista especial en la entrada del Departamento… ¡En la entrada, no dentro! Y busca a Jimjoe y dile que se ponga entre los fotógrafos con su equipo. Ahora.

—Bien —dijo Frost.

Y salió a toda prisa del despacho de Cliff. Este, que seguía mirando fascinado a Amelia, le ofreció un cigarrillo, que la muchacha rechazó con un gesto. Cliff encendió uno para sí, y al dejarlo en el cenicero vio el anterior, todavía a medias, humeante. Amelia Waverly rio quedamente, y Cliff sonrió.

—Vamos a aceptar su amable, desinteresada y muy responsable oferta de excelente ciudadana, señorita Waverly. Y luego yo le voy a pedir un pequeño favor que espero me sea concedido.

—¿Qué favor? —se puso a la defensiva la muchacha.

—Tenemos tres grabaciones en video de esos tres atracos. Son unas buenas grabaciones en líneas generales. Yo supongo que si los tres atracos los

hubiesen cometido seres humanos se las habrían arreglado para estropear las cámaras antes de hacer ninguna otra cosa, pero, evidentemente, unos perros y unos monos no temen ser posteriormente identificados. Francamente, yo también estoy convencido de esto, pero, ya que la hemos conocido a usted, me pregunto si usted podría, quizá, obtener de la visión de esas grabaciones en video algunas conclusiones que nos resultasen útiles. ¿Lo cree posible?

—¿Por qué no?

—Bien… Bien. Espléndido. ¿De verdad no fuma?

—No le veo la necesidad.

Cliff Daniels reflexionó sobre estas palabras mientras Amelia lo estudiaba sin disimulo alguno. Clifford medía más de metro ochenta, y eso se adivinaba incluso viéndolo sentado; bastaba ver su torso atlético y sus grandes manos para comprender que no era precisamente un enano. Y además, sin ser guapo, tenía ese carisma especial de pocos hombres que atraen a las mujeres sin proponérselo en absoluto. Amelia le calculó unos treinta y cinco años, es decir, diez más que ella. Una diferencia perfecta…

La puerta del despacho se abrió, y apareció Frost.

—Jimjoe está preparando su material. Los periodistas nos esperan dentro de diez minutos. ¿Puedo quedarme aquí?

—Sí. Soy quien tiene que salir un momento. ¿Me disculpa, señorita Waverly?

—Por supuesto —murmuró la muchacha.

Clifford dejó vacante su silla, que se apresuró a ocupar Frost. El teniente se dirigió directo a la centralita del Departamento, y tocó en un hombro al policía de turno en ella.

—Mike, llama a Nueva York, y diles que necesitamos saber antes de diez minutos si en la Quinta Avenida haya una clínica veterinaria o algo así al mando de una doctora veterinaria llamada Amelia Waverly y si hay algo de ella en los ficheros. Posteriormente, que nos envíen su fotografía por radio.

—Sí señor.

Clifford buscó en otra sala a Jimjoe, policía especializado que, en efecto, estaba terminando de preparar su material.

—¿Todo bien, Jimjoe?

—Sí señor.

—No te encantes con la chica. Estate atento a tu alrededor, como siempre.

—No se preocupe. ¿Es tan guapa como dice Bob?

—Más —gruñó Clifford.

Segundos más tarde, Daniels entraba en el despacho de su jefe directo, el capitán Weston, que lo miró interrogante.

—Vamos a hacer unas declaraciones a los medios informativos —dijo Cliff —; una veterinaria de Nueva York, de vacaciones en Miami, se ha ofrecido para ayudar en lo que sea. Se me ha ocurrido mostrarle luego las grabaciones.

—Pediré que te las preparen —asintió Weston—. ¿Qué es eso de la veterinaria?

—Se llama Amelia Waverly y está como un tren. Es hermosa, culta, inteligente, simpática, y además juraría que hasta es una cachonda, o sea, que le debe gustar el sexo a tope.

—Zambomba —sonrió Weston—. Algo así como el delirante sueño de una noche de calentura solitaria de un hombre enamorado.

—Más o menos —sonrió también Cliff—. Si quiere verla, estaremos en el portal dentro de diez minutos. De todos modos. Jimjoe va a trabajar en eso como un periodista más, y además, espero que esta noche pasen la grabación por la tele.

—No compliquemos las cosas. Cliff.

—Es ella quien ha venido a ofrecerse. Hasta luego.

Clifford fue a los lavabos, después se lavó las manos, y al poco volvía a estar junto a la centralita. Mike le miró y asintió.

—Existe la doctora, y no hay nada contra ella. Enviarán más datos en cuanto sea posible.

—Gracias. Mike. Si me llaman estaré de nuevo en mi despacho dentro de quince minutos.

Estaba ya ante la puerta de su despacho cuando vio acercarse a Jimjoe cargado con su equipo.

—¡Teniente, ya estoy listo!

Cliff asintió, señalando al exterior, y entró en su despacho, donde Bob Frost y Amelia Waverly estaban riendo.

—Cuando guste, señorita Waverly.

CAPITULO II

Clifford Daniels, que había ido mirando frecuentemente de reojo a Amelia tuvo que admitir que la muchacha tenía temple. Desde luego, al ver la primera grabación se había impresionado, incluso sobresaltado los primeros segundos viendo los destrozos que causaban dos de los perros y un chimpancé; pero enseguida se serenó, y ya se mantuvo firme durante el resto del «espectáculo» que representaban las tres grabaciones en video.

Precisamente, la más escalofriante de todas era la última referente al policía cuyas entrañas era arrancadas del vientre a dentelladas. Visto en video era tan espeluznante que Cliff puso una mano sobre una de Amelia, y murmuró:

—No tiene por qué presenciarlo todo, señorita Waverly.

Ella le miró con los ojos muy abiertos, y luego regresó la mirada a la pantalla. Cliff estuvo unos segundos mirándola, y luego, lentamente, retiró su mano de la de ella, que al perecer ni se había percatado del contacto.

Por fin, la pesadilla que representaba la visión de las tres grabaciones de videotape terminó, la pantalla quedó en blanco, y desde el control fue apagada. El modernísimo equipo del Police Department de Miami terminó de funcionar. Amelia Waverly suspiró profundamente, y se relajó de pronto. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado en tensión.

Reaccionando, miró a los hombres que la habían acompañado en la sesión: el capitán Weston, el detective Frost, y el teniente Daniels, por supuesto, que estaba junto a ella, a si izquierda.

—No resulta nada agradable, ¿verdad? —comentó Weston—. Y naturalmente a nosotros nos parece absurdo que esos animales piensen como seres humanos. No comprendemos qué persigue el promotor de todo esto, la verdad.

—Obviamente, conseguir dinero, señor —dijo Frost—. Entre los tres atracos se han llevado dos millones doscientos mil dólares. Yo diría que no está nada mal.

—Lo que el capitán quiere decir —murmuró Clifford—, es que no ve qué objeto tiene todo eso de decir que los animales llevan cerebros humanos. Lo de robar tiene sentido, no vamos a discutir esa lógica. Pero… ¿por qué complicarlo tanto?

—Para provocar el terror —dijo de pronto Amelia.

—¿Sí?

—Por supuesto. La gente se asustaría mucho si viera unos cuantos animales atacándola, pero todavía se asusta más si les dicen que esos animales son tan inteligentes como ellos, además de poder destrozarlos a dentelladas o zarpazos. Hay otra cuestión, además: si no temen enfrentarse a seres tan inteligentes como ellos pueden ofrecer mayor resistencia o renuncia a entregar el dinero a los animales…, que ni mucho menos son tan listos como dicen esas grabaciones que ellos mismos entregan. Si fueran tan listos sabrían distinguir el dinero de lo que no es dinero, habrían sido amaestrados para cogerlo por sí mismos, y no necesitarían que los empleados del banco llenaran las bolsas.

—Eso está bien pensado —exclamó Frost.

—O sea, que de animales con cerebros humano, nada —dijo Weston.

—Claro que no. Eso es una estupidez, ya lo dije antes a los medios informativos, capitán.

—De acuerdo. Pero analicemos a esos animales: ¿qué opina usted de ellos? ¿No le resultan… insólitamente fieros y crueles?

—Posiblemente están drogados cuando cometen el atraco. En cualquier caso hay algo que no admite la menor duda: están magníficamente amaestrados. Y si se han fijado, todos ellos actúan en bloque, conjuntamente.

—¿Qué quiere decir?

—Que se mueven todos haciendo las mismas cosas a la vez.

—¿Cómo un pelotón de soldados? —sugirió suavemente Cliff.

—Me parece que eso ya se le había ocurrido a usted —le dijo ella.

—Sí. He estudiado muy detenidamente las dos primeras cintas grabadas, y acabé por darme cuenta de eso: es como si a todos les llegara determinado deseo o determinada orden al mismo tiempo. Cuando se enfada uno de los monos se enfadan los otros; y lo mismo con los perros: cuando ataca uno, atacan los demás. Están muy bien… disciplinados.

—Así es.

—¿Cómo explicaría usted eso? Ya sé que ha dicho que están magníficamente entrenados. Lo que pregunto es cómo explicaría que se movieran al unísono, como obedeciendo una orden común… cuando no hay nadie presente para darles las órdenes. ¿O cree usted que esos animales pueden realmente trabajar solos?

—¿Solos? Si no he entendido mal una camioneta los recoge siempre al terminar su «trabajo», ¿no?

—Sí. Y esa es otra cuestión. Respecto a la camioneta, unos dicen que es de una determinada marca y modelo y otros dicen que es de otra marca y diferente modelo; unos dan un número de matrícula, y otros dan otro que no se parece a nada. Unos dicen que es gris, otros blanca, otros verde… En lo que sí coinciden todos los que han visto al conductor de la camioneta es en afirmar que dicho conductor parece un gorila.

—¡Oh, vamos, teniente…!

—Espere, espere. No es que digan que «es» un gorila, sino un hombre cuyas características faciales le asemejan a un gorila. ¿No le sugiere a usted esto algo… realmente espeluznante?

—Escuche, teniente, yo no me he pasado estudiando todos estos años para perder el tiempo ahora escuchando tonterías. Si usted pretende que yo admita la posibilidad de que ese conductor puede ser un hombre al que se le ha cambiado el cerebro por el de un gorila, y que la influencia del cerebro está determinando una transformación de sus características físicas, está perdiendo el tiempo… y casi fastidiándome por considerarme tonta.

—Nada de eso —sonrió Clifford—. Al contrario, la considero una chica muy inteligente.

—Una «chica», ¿eh?

—He querido decir una mujer profesional muy competente.

—Ya. Mire, teniente, les prometo a ustedes reflexionar sobre todo esto, pero sobre una base que debe quedar claramente establecida ahora mismo: esos animales son animales y nada más. ¿Estamos de acuerdo?

—Por completo —asintió Clifford—: nada de trasplantes cerebrales.

—Exacto. Seamos serios.

—Me parece estupendo. Y hablando en serio: creo que el Departamento está obligado aunque sólo sea moralmente a invitarla a cenar, así que con el permiso del capitán Weston me nombro representante del Departamento para cumplir esa obligación.

—Quiere decir que la invitamos a cenar —aclaró Frost.

—¿Los tres? —rio Amelia.

—El capitán está casado —dijo Frost.

—Y tú tienes trabajo —le miró Cliff.

—¿Qué trabajo?

—Prepararme todo lo de Jimjoe.

—¡Maldita sea mi estampa!

Clifford movió la cabeza y chascó la lengua con desaprobación.

—Si continúas dando muestras de tanto «entusiasmo» por el trabajo. Bob, me temo que el capitán retrasará bastante sus recomendaciones para tu ascenso a sargento. ¿No es cierto, señor?

—Hombre —siguió la broma Weston—, realmente, las personas poco cumplidoras de sus obligaciones no son mis preferidas, francamente.

—¡Son las ocho y media de la noche! —protestó Frost—, ¡Y mi turno termina a las seis de la tarde!

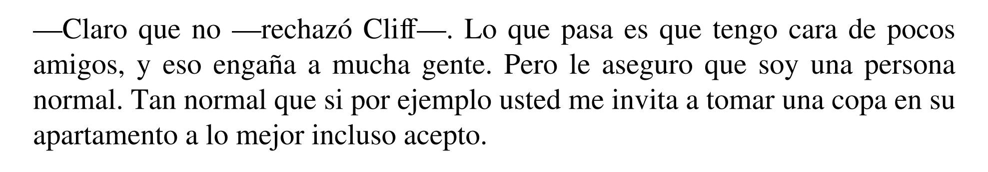
—Me parece que te has quedado sin ascenso —movió de nuevo la cabeza Clifford—. ¿Acepta cenar conmigo, señorita Waverly, o prefiere que la acompañe a su apartamento, sin más?

—Puedo pasar sin ambas cosas.

—Yo no.

***

—Pues yo creía que era usted el hombre de hielo del Departamento o algo así.


—Claro que no —rechazó Cliff—. Lo que pasa es que tengo cara de pocos amigos, y eso engaña a mucha gente. Pero le aseguro que soy una persona normal. Tan normal que si por ejemplo usted me invita a tomar una copa en su apartamento a lo mejor incluso acepto.

—¿No es demasiado tarde? —se echó a reír Amelia.

—No me espera nadie en casa. ¿Y a usted?

—Tampoco —Amelia vaciló, y acabó por aceptar—. Está bien, suba.

Se apearon los dos del coche, que Clifford había estacionado en Collins Avenue, frente al hermoso edificio de quince plantas donde la bella veterinaria había alquilado un apartamento para todo un mes. Oh, sí, en los hoteles se está muy bien, pero a ella le parecía demasiado impersonal y aburrido estar todo un mes en un hotel, pudiendo tener su propio apartamento…

Ante la fachada del edificio había un jardín muy bien cuidado, con arbustos de flores, palmeras, y dos mimosas. A la derecha, un pequeño estanque con surtidor. A la izquierda, la rampa del garaje subterráneo. Era un lugar muy agradable, y Clifford sabía que detrás del edificio, es decir, en la parte que daba al mar, debía haber una piscina privada y acceso directo a la playa, que quizá tuviese una zona privada para el edificio de apartamentos de lujo…

En el ascensor, se dio cuenta de que Amelia le estaba mirando fijamente, y la miró a su vez. Ella pareció sofocarse un poco.

—Estaba pensando que ha cenado usted muy poco —dijo.

—Usted también —replicó Cliff—. Realmente, después de visionar las grabaciones de los atracos a uno se le queda pequeño el estómago. Tal vez otra noche podamos cenar juntos en un plan más… personal.

—Tal vez.

El ascensor se detuvo, y ambos salieron al pasillo. Amelia abrió la puerta de su apartamento, encendió la luz, entró, y miró a Clifford, con un gesto invitador. El policía entró, dirigiendo una mirada indiferente a su alrededor. Sabía que el apartamento era de lujo, pero que no expresaría en modo alguno la personalidad o gustos de la señorita Waverly, ya que todo era parte del contrato de alquiler. Calculó que por lo menos le habría costado tres mil dólares un mes en Collins Avenue.

—No tengo ni whisky ni cerveza —dijo ella.

—¿Qué tiene usted?

—Refrescos. O si lo prefiere, puedo preparar jugo de naranja, de piña o de tomate.

—Naranja o piña. ¿Dónde está el televisor?

—En la sala, naturalm… ¿Ha subido para ver la televisión?

Clifford miró su reloj de pulsera.

—Es que no me habría dado tiempo de llegar a casa para ver el noticiario último de la noche. Y quisiera ver cómo está usted en TV…

—¿De modo que ha subido por eso?

—¿He dicho algo que la moleste?

Amelia movió la cabeza con un gesto seco que hizo volar su rubia cabellera, y se adentró en el apartamento. Clifford la siguió, y se sentó en un sillón que ella le señaló, frente al televisor. La muchacha lo puso en marcha, y se fue a la cocina. Cuando regresó, con una bandeja en la que había dos vasos con jugo de piña, el noticiario estaba en marcha, y justamente en ese momento aparecía ella en imagen; como fondo, la fachada del Police Department en Biscayne Boulevard. La imagen cambió, tomando más campo.

Clifford Daniels apareció junto a ella. Hubo un primer plano de Clifford, y el locutor lo presentó, como sin duda había hecho con ella antes de ofrecer su imagen…

—Da usted muy bien en pantalla —murmuró Amelia.

—Usted más. ¿Le molesta que fume?

—No.

—Gracias. Bien, veamos qué efecto causamos con nuestras declaraciones públicas. Es decir, qué efecto causa usted, porque yo prácticamente me he limitado a presentarla…

***

Se oía la voz del teniente Daniels presentando a la señorita Waverly como una veterinaria residente en Nueva York, de vacaciones en Miami, y que había tenido el rasgo muy de admirar de ofrecerse para ayudar a la Policía en cuanto pudiera, habida cuenta de que los «delincuentes» del caso en cuestión eran animales, a los que la señorita Waverly estaba acostumbrada a tratar profesionalmente…

—Es muy hermosa, ¿verdad, Benny? —sonó la suave voz en la amplia sala en cuyo centro estaba el televisor.

—Sí, León —replicó una voz cavernosa—: es muy hermosa, sí.

—¡Seguro que te gustaría hacerle el amor! —sonó una blanda risa.

—Oh. Si, León, le haría el amor ahora mismo: le agarraría por el cabello, la arrastraría hasta mi rincón, y allá la penetraría mucho, mucho, mucho…

—Calla, escuchemos a la bella señorita Waverly. —…en su opinión, señorita Waverly?

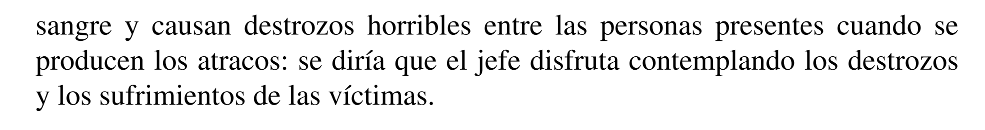
—Que es una estupidez —replicó Amelia a la pregunta de uno de los periodistas—. Por muchas pruebas de laboratorio que se pudieran hacer al respecto, no me imagino que tuvieran éxito en este caso. Esto aparte, una persona como el jefe de Fauces Sangrientas no puede de ninguna manera disponer de los medios técnicos que serían necesarios para operaciones de esa envergadura. Y por último, un hecho puramente físico, material, que ya he comentado con el teniente Daniels: un cráneo de ser humano admitiría el cerebro de un mono o de un perro, cierto, pero un cráneo de perro o de mono no tiene ni de lejos la capacidad suficiente para contener un cerebro humano, de mayor peso y tamaño.

—Entonces, díganos: ¿por qué las grabaciones que siempre entrega uno u otro de los animales aclaran que han sido trasplantados y que tienen la inteligencia de un ser humano?

—Para causar pánico, terror incluso. Por si alguien se le ocurría algún sistema de neutralizar la acción de esos animales el jefe de la banda ha decidido adelantarse a eso advirtiendo que no son animales corrientes. Pero, en el fondo, yo creo que es pura y simplemente para provocar el terror.

—¿Con qué objeto?

—Yo diría que el jefe de Fauces Sangrientas es un sádico. Y es por eso y no por otra cosa que los perros y los monos siempre hacen daño, siempre vierten


sangre y causan destrozos horribles entre las personas presentes cuando se producen los atracos: se diría que el jefe disfruta contemplando los destrozos y los sufrimientos de las víctimas.

—¿Cómo podría contemplarlos, si no está allí?

—He supuesto que los videos de la vigilancia automática se pasan por televisión. Y de no ser así creo que la prensa o algunas revistas deben publicar fotografías, ¿no es cierto? Además, ¿cómo sabe usted que el sádico no está allí?

—Eso es imposible, señorita Waverly.

En la pantalla se vio claramente la vacilación de Amelia, que rectificó en parte sus anteriores palabras:

—Tal vez he debido decir que el sádico dispone de sus propios medios para ver lo que ocurre o enterarse de un modo u otro. Y digo, tal vez.

—¿Podemos utilizar el nombre de El Sádico para mencionar al jefe de Fauces Sangrientas?

—Naturalmente. Es todo suyo, señores.

—Señorita Waverly: ¿cómo explicaría usted que unos animales que NO tienen cerebro humano actúen de modo tan… concreto y conjuntado? Quiero decir, usted, como veterinaria: ¿admitiría que alguien pudiera amaestrar a unos perros y unos monos para matar de ese modo, como si estuviesen perfectamente de acuerdo unos con otros, como si se entendieran?

—Bueno, en primer lugar el hecho de que los animales se entiendan entre sí no es menos admisible que el hecho de que nos entendamos las personas incluso hablando diferente idioma. Esto aparte, precisamente los chimpancés y los perros son animales de los más inteligentes del planeta, y no puede sorprender a nadie que admitan un amaestramiento en ese sentido. Todos sabemos que hay perros de vigilancia o de acoso muy fieros, y que están bien entrenados. En cuanto a los chimpancés, son más listos que los perros, y también pueden aprender cualquier cosa que se les enseñe y que esté dentro de sus niveles. De todos modos, yo creo que esos pobres animales actúan bajo un mando común simultáneo y que, además, están drogados.

—¡Cómo drogados, unos perros y monos…!

—¿Por qué no, señor?

La entrevista duró unos seis minutos más, pero ya siempre girando sobre lo mismo.

Quedó establecido que la banda seguía denominándose Fauces Sangrientas, que su jefe era El Sádico, y que la Policía estaba dispuesta a todo con tal de terminar con la banda y su jefe. El teniente Daniels se negó a añadir nada a lo dicho por la señorita Waverly y la última imagen fue de nuevo un primer plano del rostro de Amelia, que se difuminó…

Una mano pequeña y delicada se acercó al aparato y lo apagó. La misma suave voz de antes, dijo:

—¿Tú qué opinas de la señorita Waverly, Benny?

—Yo me la tiraba, León, ¡me la tiraba ahora mismo, sí! ¡Gueéééééee!

—Es lo que ella se merecería, por tener la lengua tan larga y tan suelta…, pero de momento haremos otra cosa más sencilla con ella…

—Puesto que ha tomado su refresco y ha visto la televisión me atrevo a suponer que su presencia aquí ya no tiene objeto, teniente.

—¿Por qué dice eso? —alzó las cejas Cliff, mirando a Amelia.

—¿He dicho algo que le moleste?

Cliff frunció el ceño, estuvo unos segundos más contemplando a la veterinaria, y de repente se puso en pie.

—Me están esperando mis hombres para terminar un trabajo.

—Son más de las diez de la noche.

—Sí, lo sé. Por eso no quiero hacerles esperar más. Ha sido muy agradable este rato en su compañía, señorita Waverly.

—¿De veras?

—No sé para usted, pero sí para mí. Espero que volveremos a vernos.

—¿Con qué objeto?

—Es usted una colaboradora de la Policía, ¿no? —sonrió de pronto Clifford —. Posiblemente tendré cosas que consultarle en más de una ocasión, si eso

no la molesta.

—¿Usted sería tan amable de hacerme un favor, teniente?

—Por supuesto. ¡Con mucho gusto!

—¡Váyase al cuerno!

CAPITULO III

Las fotografías y grabaciones tomadas por Jimjoe eran tan buenas como todo lo que podía obtenerse viendo la televisión, sólo que, además, estaban tomadas en otro sentido.

Las grabaciones de voces y sonidos parecían abarcarlo todo, y no sólo las preguntas que le hacían a Amalia Waverly y las respuestas que ésta daba.

En cuanto a las fotografías (obtenidas de la película que Jimjoe había estado tomando), había muy pocas de Amelia, y muchas de los periodistas y empleados de radio y televisión, así como de curiosos que se habían acercado.

En definitiva, el trabajo de Jimjoe estaba más encaminado a obtener información del entorno que de la señorita Waverly.

—De ella hemos obtenido una copia en videotape con el programa de esta noche —dijo Frost—, ¿Lo has visto, supongo?

—Claro.

—¿Dónde?

—En el apartamento de ella —miró irónicamente Cliff a Frost.

—¡Hombre, no…! ¡Yo la vi primero'

—Sí, sí, fíate de eso —intervino Jimjoe—. Una vez conocí a una chica que me juró amor eterno, y me dijo que por mi haría lo que fuese en cualquier momento. Yo le dije que si incluso se vendría a la cama conmigo, y me dijo que naturalmente, en cuanto yo quisiera, que estaba loca por mí. Bueno, pues quedamos en ir a un motel, y yo, para que nadie se fijara de modo especial en mi coche, la recogí en un taxi… ¿Qué creéis que pasó cuando llegamos al motel?

—¿Se echó atrás? —se interesó Bob Frost.

—No, qué va. Se pasó la tarde dándole gusto al cuerpo, supongo.

—¿Cómo, supones? ¿Tú no interviniste en ello?

—No. Cuando llegamos en taxi al motel ella me dijo que de lo dicho nada,

que le gustaba más el taxista. Y se metió con él en el motel.

Clifford y Bob quedaron pasmados mirando a Jimjoe, que sonreía maliciosamente. Por fin, Bob soltó un bufido, y Cliff se limitó a ofrecer un tercio de sonrisita de compromiso.

—Lo mejor será que nos vayamos a casa los tres —dijo.

—¿Puedo quedarme una fotografía de la señorita Waverly? —pidió Bob.

—De estas no, que no tengo más copias —dijo Jimjoe—. Además, deberías pedirle permiso a ella, ¿no te parece?

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Le has pedido tú permiso a Brooke Shields para tener fotografías de ella?

—No.

—Pues acabáramos.

—Es que yo no tengo fotografías de Brooke Shields.

—Mientras vosotros preferís discutir tontamente a retiraros a descansar yo me largo —dijo Clifford—. ¿Te has fijado si hay en mi despacho unos informes procedentes de Nueva York, Bobby?

—Ah, sí, sobre la señorita Waverly, precisamente. Incluso hay una fotografía de radio. ¿Quieres que te resuma el informe? Es muy sencillo, además.

—Adelante.

—Ella es lo que dice ser, su papá es un famoso médico cirujano conocido en todos los Estados, y tienen más dinero que yo ganas de tenerlo. La foto de ella no le hace justicia ni por asomo. Bueno, el papá la… introdujo en la sociedad médica, por decirlo así. y en cuatro días la niña se ha convertido en la veterinaria de moda en Nueva York…, para la gente de dinero, se entiende. Adivina cuánto cobra por una consulta a un canario, por ejemplo.

—¿Cuánto?

—Un huevo y la yema del otro. Y a propósito de la señorita Waverly, que se ha hecho más famosa que Superman: un periodista nos insultó por teléfono. A toda la Policía en peso.

—¿Y qué tiene que ver eso con la señorita Waverly? —se desconcertó Clifford.

—Es que era a propósito de ella. El periodista en cuestión dijo que éramos unos tal y unos cual por haber ofrecido esa información extra con la veterinaria incluida precisamente cuando él no estaba rondando por el Departamento. Casi le envié a tomar viento.

—Eres muy fino —rio Jimjoe—. ¿Qué clase de insultos nos obsequió?

—De cabritos para arriba. Bueno, le dije que los profesionales tienen que estar siempre al pie del cañón. El hombre me dijo que al menos le dijera donde podía encontrar a la señorita Waverly para hacerle él una entrevista.

—Supongo que le dijiste que no sabías dónde para.

—Bueno, le di el número de teléfono de ella. Pensé que si ella quería recibirlo era cosa suya… ¿No estás de acuerdo?

—Supongo que sí —titubeó Clifford.

—Sólo di el número de teléfono, ¿de acuerdo? —gruñó Frost—. Todo lo que ha de hacer la señorita Waverly si la entrevista no le interesa es decir que no y colgar el auricular…

***

Descolgó el auricular, y el timbre dejó de sonar. Era un timbre suave, incluso musical, pero la distraía de sus pensamientos. La molestaba. De momento pensó en no contestar, para seguir pensando en Clifford Daniels, pero se le ocurrió que, precisamente, podía ser él quien la llamara. ¿Por qué no?

A lo mejor estaba abajo, en la calle, en cualquier teléfono público, y le decía que se había olvidado el encendedor o algo así, y que si podía subir a buscarlo aunque fuesen casi las doce de la noche. Sería un modo muy discreto de tantearla. Porque claro, él se había marchado antes para atender su trabajo. Amelia sabía que esto era cierto, pero quizá se había quedado con las ganas de permanecer junto a ella…, y ahora, ya terminado su trabajo por fin, la llamaba. Probaba.

Con esta idea en la mente, aunque no muy concreta, Amelia descolgó el auricular del teléfono y atendió la llamada.

—¿Sí?

De momento no oyó nada. Quizá transcurrieron tres o cuatro segundos de silencio total. Y en el instante en que ella iba a insistir, oyó aquel sonido ronco y profundo que parecía tener resonancias como de eco. Si, era como si en el interior de una enorme y húmeda gruta estuviera produciéndose un alud de piedras que resonasen sordamente unas contra otras.

Pero todavía Amelia no identificó de qué se trataba, así que insistió al fin:

—¿Sí, diga?

El ronco sonido volvió a producirse. Era un sonido como de caverna, de gruta, sí.

Y de repente, Amelia supo de qué se trataba, justo en el momento en que volvía a repetirse, todavía con más fuerza, con más resonancia: era un gruñido abdominal de fiera.

Uno de esos gruñidos de amenaza que las fieras emiten con el abdomen mientras permanecen agazapados a la espera de defenderse o de atacar. Era un gruñido profundo, hostil, furioso. Un gruñido inconfundible de fiera, aunque no pudo identificar de cuál.

Se dio cuenta de que se le habían puesto los pelos de punta. Así de simple. Tuvo la sensación de que sus brazos, piernas y sobre todo la cabeza acababan de ser acribillados por miles de alfileres que se habían clavado hondamente…

—GRRRUUUUMMMM… —retumbó de nuevo el gruñido en el auricular.

Amelia Waverly abrió la boca, pero no pudo emitir sonido alguno. Tampoco podía moverse. Había quedado de costado en la cama, y así permanecía, con el auricular pegado a la oreja derecha, oyendo aquellos gruñidos retumbantes.

—¡GGRRUUUUUMMM…!

Al fondo, en alguna parte de la gruta, le pareció oír también ladridos enloquecidos de perros, y gritos de monos, tal vez de aves. Pero esto era como fondo. Era como si una fiera estuviese en la linde del bosque gruñéndola a ella, y a su espalda tuviera el resto de las fieras alborotando en la selva.

El pavoroso gruñido volvió a retumbar en la mente de Amelia. Aquella fiera debía tener un estómago gigantesco, un abdomen colosal, para que sus gruñidos retumbasen de aquel modo. Se dijo que no podía ser un perro, por

grande que fuese. Tal vez un león, un tigre…, o incluso una fiera de mayor tamaño.

Por fin. Amelia consiguió reaccionar. Su voz le salió tan aguda que la sorprendió a ella misma:

—¿Quién hay ahí? —preguntó.

—GRRUUUUUUMMMUMMMMM…

—¿Quién es? —casi grito Amelia, sentándose de golpe en la cama—. ¡No va a conseguir asustarme con tonterías!

—¡Grrr! ¡GrrrRRUUUUuuuMMMMMmmmMMMM!

El gruñido era tan retumbante que Amelia tuvo la sensación de que sus tímpanos quedaban como convertidos en corcho. Lentos escalofríos recorrían su espalda. Y a pesar de todo todavía tuvo la suficiente presencia de ánimo para decir:

—No me está asustando, ¿se entera? Sé muy bien que sólo se trata de un cretino. Si tiene que decirme algo comprensible, dígalo, y si no déjeme en paz. Tengo sueño, ¿sabe?

Todavía se oyó otro gruñido, más atenuado que los anteriores, como si la fiera se estuviera alejando, penetrando en el bosque desde el cual seguían llegando chillidos y ladridos.

Amelia oyó el característico sonido del auricular al ser colgado, la comunicación se cortó.

Durante unos segundos estuvo inmóvil, con el auricular pegado a la oreja. Finalmente, lo apartó, pero no lo colocó en la horquilla, sino que lo retuvo en la mano izquierda mientras con la derecha marcaba el número del Police Department.

—¿…?

—Soy Amelia Waverly. ¿Sería tan amable de ponerme con el teniente Daniels?

—¿…?

—Si, claro: la veterinaria.

—…

—Oh. Sí, claro, ya es bastante tarde.

—¿…?

—Sí, se lo agradecería. Un momento, por favor, tengo que conseguir papel y bolígrafo —Amelia saltó de la cama, sacó del armario su bolso, y de él una libretita de notas, con la cual regresó al teléfono—. Adelante, ¿cuál es el número particular del teniente?

***

Justo en el momento en que terminaba de abrir la puerta y se disponía a correr hacia el teléfono, éste dejó de sonar. Clifford soltó un refunfuño, cerró la puerta, y se encaminó de todos modos hacia la salita. Tal vez la persona que le había llamado insistiera. Y por supuesto que si la llamada era del Departamento insistirían cada cinco minutos hasta ponerse en contacto con él.

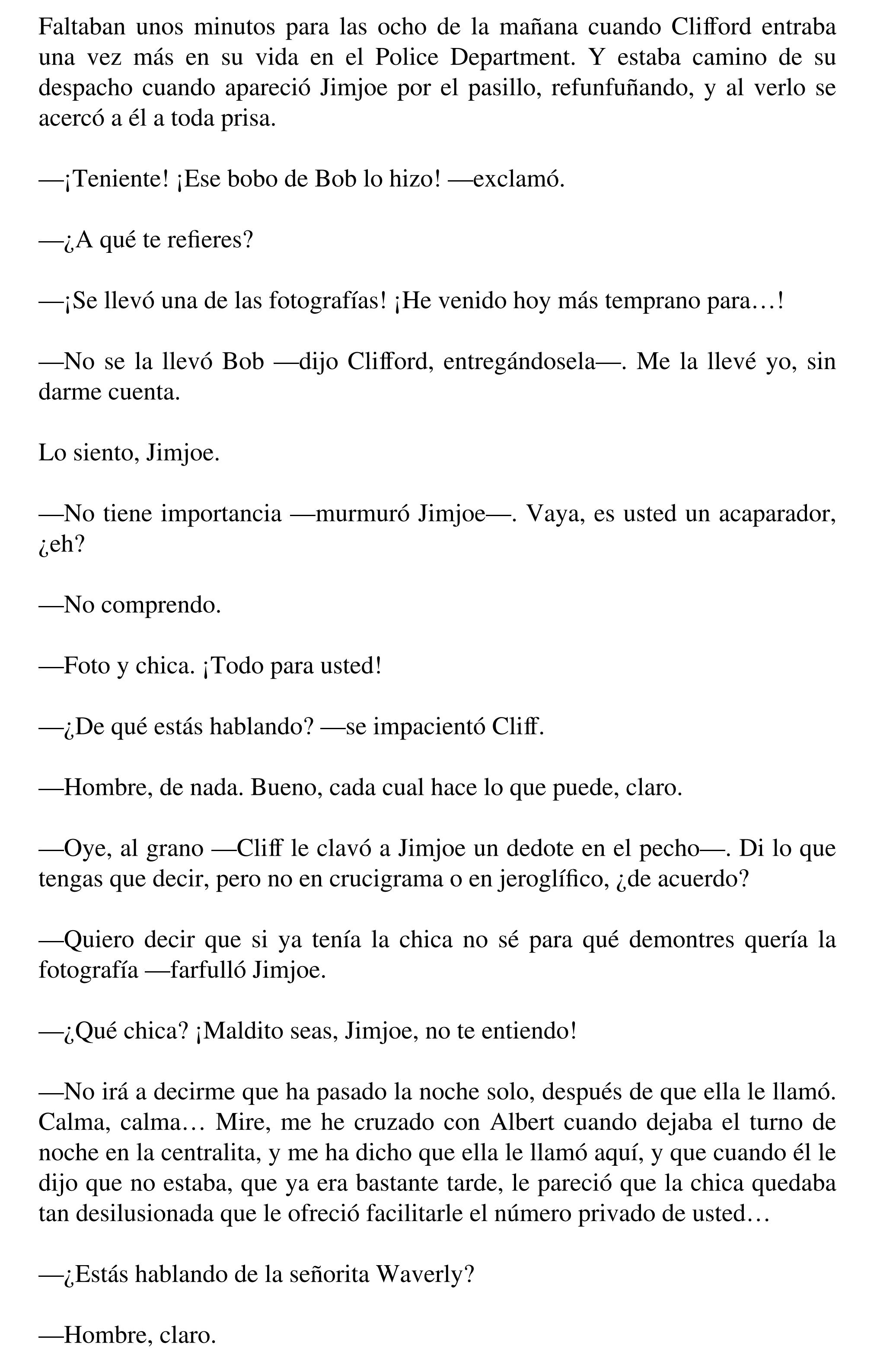
Cinco minutos más tarde no se había producido la llamada de insistencia. Ni diez minutos más tarde. Ni quince. De modo que Clifford Daniels dejó de contemplar la fotografía de Amelia Waverly que le había robado a Jimjoe (ya se la devolvería por la mañana temprano, de modo que Jimjoe ni se enteraría) y tras encender el último cigarrillo del día se dispuso a acostarse. Terminó de fumarse el cigarrillo en el dormitorio, ya en pijama, y mirando de nuevo la fotografía de la veterinaria.

«Si yo fuese fetichista —pensó—, pasaría una noche tremenda sólo con esta foto. La lástima es que yo con la foto no hago nada. Y no sé, pero me parece que fui bastante tonto. En fin…»

El teléfono seguía sin sonar.

Tres minutos más tarde, el teniente Clifford Daniels dormía profundamente.

Le pareció que apenas hacia un segundo que se había dormido cuando despertó. Se quedó mirando sin sorpresa alguna el resplandor del sol en la ventana. Así le sucedía prácticamente siempre: se dormía tan profundamente que le pasaban entre seis y siete horas en un instante y despertaba descansado y sin sobresaltos. Nunca había necesitado despertador, pero tenía uno en la mesita de noche. Las siete menos cuarto. Perfecto.



Faltaban unos minutos para las ocho de la mañana cuando Clifford entraba una vez más en su vida en el Police Department. Y estaba camino de su despacho cuando apareció Jimjoe por el pasillo, refunfuñando, y al verlo se acercó a él a toda prisa.

—¡Teniente! ¡Ese bobo de Bob lo hizo! —exclamó.

—¿A qué te refieres?

—¡Se llevó una de las fotografías! ¡He venido hoy más temprano para…!

—No se la llevó Bob —dijo Clifford, entregándosela—. Me la llevé yo, sin darme cuenta.

Lo siento, Jimjoe.

—No tiene importancia —murmuró Jimjoe—. Vaya, es usted un acaparador, ¿eh?

—No comprendo.

—Foto y chica. ¡Todo para usted!

—¿De qué estás hablando? —se impacientó Cliff.

—Hombre, de nada. Bueno, cada cual hace lo que puede, claro.

—Oye, al grano —Cliff le clavó a Jimjoe un dedote en el pecho—. Di lo que tengas que decir, pero no en crucigrama o en jeroglífico, ¿de acuerdo?

—Quiero decir que si ya tenía la chica no sé para qué demontres quería la fotografía —farfulló Jimjoe.

—¿Qué chica? ¡Maldito seas, Jimjoe, no te entiendo!

—No irá a decirme que ha pasado la noche solo, después de que ella le llamó. Calma, calma… Mire, me he cruzado con Albert cuando dejaba el turno de noche en la centralita, y me ha dicho que ella le llamó aquí, y que cuando él le dijo que no estaba, que ya era bastante tarde, le pareció que la chica quedaba tan desilusionada que le ofreció facilitarle el número privado de usted…

—¿Estás hablando de la señorita Waverly?

—Hombre, claro.

—¿Albert le dio anoche mi número de teléfono?

—¿Qué pasa? ¿Ella no le ha llamado? Mire, era una broma, hombre. Pero ya sabe que a veces es divertido chismorrear un poco…

—¿Cuánto hace que te has cruzado con Albert?

—Unos diez minutos.

—Bien. No pierdas la foto.

Dejando la fotografía de Amelia en manos de Jimjoe, Clifford se fue a toda prisa a su despacho, descolgó el teléfono, y le pidió al agente de turno en la centralita que le pusiera con el domicilio de Albert, el compañero del turno anterior.

—Pero no llames antes de diez minutos, pues todavía no debe haber llegado a casa.

Colgó. Doce minutos más tarde sonó el teléfono. Atendiendo la llamada. Cliff quedó en comunicación con el agente Albert, quien le informó de la llamada de la señorita Waverly, la hora, y demás detalles.

—¿Ella te dijo que me iba a llamar?

—Bueno, ella pareció encantada cuando le dije que podía facilitarle el teléfono de su apartamento, teniente. ¿Hice mal?

—No… Hiciste bien. Gracias, Al.

Colgó lentamente, y quedó pensativo. La lógica indicaba que había sido Amelia Waverly quien le estaba llamando por teléfono cuando él llegaba la noche anterior a su apartamento. Coincidía la hora. Pero… ¿por qué no había vuelto a llamar? ¿Tal vez se había arrepentido de su primer impulso? Pero sobre todo, ¿por qué le había llamado a las doce de la noche?

Segundos más tarde, Clifford estaba marcando el número del teléfono de Amelia Waverly.

—¿Si? —tardó un poco en contestar ella.

—Señorita Waverly, soy Daniels. ¿Me llamó usted a casa anoche alrededor de las doce?

—Si… sí.

—Estaba entrando cuando dejó de sonar el teléfono. Al parecer no insistió usted.

—No, no lo hice, teniente.

—Ya.

—Pensé… que quizá estaba pasando la noche fuera de casa.

—Entiendo. Bueno, lamento que no insistiera. ¿Qué quería? ¿Puedo hacer algo por usted?

—Es que… me parece una tontería. Bueno, la verdad es que luego pensé que era cosa de algún bromista. Tal vez el bromista fue uno de los periodistas a los que hablamos de todo el asunto.

—Me temo que no la entiendo. No es que quiera presionarla, señorita Waverly, pero tengo que ir al Jackson Memorial Hospital a conversar con dos de los heridos del último atraco, a ver si consigo algo positivo esta vez.

—Comprendo que está muy ocupado, y que lo mío son tonterías. Sin duda fue una broma.

—¿A qué se refiere usted? —se impacientó Cliff.

—Me llamaron por teléfono, a eso de las doce…, un poco antes de que yo le llamara a usted al Departamento y luego a su casa. Bueno, alguien me llamó, pero todo lo que hizo fue gruñirme…

—¿Qué?

—Gruñirme. Era una cosa rara… No dijo nada: sólo gruñó. Parecía una… una fiera enorme. Tuve la impresión de que el gruñido sonaba dentro de un abdomen gigantesco… ¿Me está oyendo, teniente?

—No se mueva de ahí —murmuró Cliff—: paso a buscarla ahora mismo.

—Oh, no, nada de eso. Tengo que bañarme y todo eso. Es que estaba adormilada cuando usted ha llamado porque no he dormido muy bien, pero le aseguro que no temo…

—Estaré ahí dentro de media hora. ¿Le parece bien?

—Será mejor que me espere delante del edificio a las diez en punto. Así usted tendrá tiempo de hacer sus cosas y yo de acabar de despertarme y de decorarme para salir a la luz pública.

—Usted no necesita decorarse: es la chica más guapa y más apetitosa que he conocido en toda mi vida. Lo juro.

—Es usted un estúpido, teniente.

—¿La he ofendido?

—Me ha fastidiado. ¡Esas cosas no se dicen por teléfono, sino cara a cara!

—Es que estoy haciendo prácticas.

—Oiga, perdone…, ¿usted es Clifford Daniels? ¿El mismo de ayer, el teniente que estuvo tomando jugo de piña en mi apartamento?

—Tengo muchas cosas que hacer, señorita Waverly

—Ah, ya veo que si es el mismo. De acuerdo. ¿A las diez?

—En punto.

CAPITULO IV

Eran las diez menos dos minutos cuando Clifford detenía el coche junto al bordillo, frente al edificio donde Amelia Waverly tenía alquilado su apartamento de vacaciones. De día todavía se veía más bonito, y resultaba encantador el jardín que había delante.

Por un momento, Clifford pensó en aprovechar aquellos dos minutos de ventaja para subir al apartamento y atrapar la pieza en la ratonera… No, esto de ratonera no le gustó; ni era justo, pues ciertamente Amelia Waverly no era una ratita. Además, no era el momento. Venía demasiado impresionado del hospital, donde solamente había podido conversar, y brevemente, con una de las personas atacadas, uno de los empleados del Banco de Florida.

«—Para que luego digan que la profesión de banquero es sedentaria, teniente —había dicho el hombre, intentando mostrar buena presencia de ánimo—. ¡Seguro que esto no pasa en la selva africana!

El hombre estaba asustado. Uno de los monos le había mordido en la cara, cerca de un ojo, y estaba claro que había salvado el ojo de puro milagro.

«—Pero sobre todo, teniente —se había estremecido el hombre—, era la furia con que lo hacían todo. Era como… como si nos odiaran por algo personal, como si nos odiaran de un modo bestial… ¡Yo diría que aquellos animales estaban locos! Lo que sí le aseguro es que si vuelven a aparecer por el banco no seré yo quien haga nada que les disguste… ¡Dios mío. tenía que haberlos visto usted haciéndonos sangrar a todos como si necesitaran aquello!

Tan absorto estaba Cliff Daniels recordando su entrevista con el empleado bancario que, en aquel momento, se olvidó completamente de la lindísima señorita Waverly…

***

Convencida de que estaba guapísima, Amelia dejó de mirarse al espejo del tocador de su dormitorio, tomó el bolso, y se dirigió hacia la puerta. Todavía se volvió a mirarse una vez más al espejo. Estaba muy elegante con aquel sencillo vestido estival (muy sencillito: total, sólo le había costado trescientos veinte dólares en la Quinta Avenida) de color amarillo; color que hacía resaltar el tono bronceado de su piel que ya había conseguido durante su todavía corta estancia en Miami. ¡Y aquella cabellera rubia…! Era como una

llamarada de sol, vaya que sí. Como si el sol hubiera lanzado una andanada de rayos y ella, Amelia Waverly, hubiera sido una de las afortunadas que había conseguido uno para ponérselo de cabellera.

Se sentía alegre, ligera, suelta. Bueno, lo de suelta era lógico, ya que había optado por no ponerse sujetador aquella mañana. Con toda premeditación y alevosía quería, simplemente, que Clifford Daniels observara el turgente movimiento de sus hermosísimos pechos sueltos. Si esto no lo ponía en marcha significaría que era alguien de mucho cuidado el tal teniente Daniels.

Estaba cerrando la puerta de su apartamento cuando vio al hombre que había parado delante de otra puerta. No lo conocía. Lo cual era lógico, ya que llevaba en el edificio sólo unos pocos días… El hombre, alto, de rostro un tanto adusto, parecía titubear ante la puerta. Amelia llamó el ascensor, que acudió rápidamente. El hombre se dio cuenta de eso, hizo un gesto, y se dirigió también hacia el ascensor.

Este se detuvo ante Amelia. El hombre le abrió la puerta, y ella entró en la cabina, mirándole con una sonrisa cortés en sus labios.

—Gracias —dijo.

—Guau —dijo el hombre, mientras Amelia pulsaba el botón de la planta del vestíbulo.

La muchacha respingó, y miró vivamente al sujeto.

—¿Qué? —exclamó.

—Guau… ¡Guau, guau, guau! —ladró furiosamente el sujeto.

—Pero… ¿qué hace? —gritó Amelia, palideciendo—. ¿Está loco?

El hombre se acercó más a ella, acorralándola en un ángulo del ascensor, y abriendo amenazadoramente la boca.

—¡Guuuuuu…au! ¡Guau—guau! ¡Grrruau!

—¡Apártese! —gritó Amelia, poniendo ambas manos en el pecho del hombre para empujarle.

La reacción de éste fue insospechada y terrible: lanzó un mordisco que alcanzó a Amelia en la mano izquierda, causándole un vivísimo dolor. La muchacha lanzó un grito, retiró la mano, e intentó empujar de nuevo al

hombre, que le lanzó otro mordisco, y acto seguido se abalanzó contra ella con todo su peso, incrustándola en la esquina del ascensor. Una de sus manos agarró los hermosos cabellos solares de Amelia, los retorció furiosamente, y obligó a la muchacha a torcer el cuello, con la parte posterior de la cabeza pegada al ángulo de la cabina.

La garganta de Amelia aparecía ahora en toda su palpitante belleza, y hacia allá dirigió el hombre su boca abierta y babeante, mientras de ésta brotaban sordos gruñidos.

Como en una visión de flash, Amelia se imaginó aquella boca de amarillenta dentadura clavándose en su carne, arrancándosela a pedazos, reventándole la garganta. La visión era de espanto, era paralizante, pero hizo reaccionar a Amelia impulsada por el instinto de conservación: pese a tener el cuello torcido, estar aplastada por el corpachón del hombre contra el ángulo de la cabina, y hallarse en una total inferioridad de condiciones, alzó la rodilla derecha, y acertó de lleno en los testículos al hombre, que lanzó un bufido y aflojó por un momento su presión contra ella.

Amelia utilizó la mano derecha entonces: sus dedos índice y corazón fueron directos hacia los ojos del hombre. El dedo corazón le alcanzó en el derecho del hombre—perro, que profirió ahora un alarido de furia y dolor.

El ascensor se detuvo en aquel preciso momento, y Amelia aprovechó su momentánea ventaja para empujar con ambas manos al hombre, lanzándolo contra el ángulo opuesto del ascensor. Ella salió de éste como disparada, mirando hacia donde debía estar el conserje del edificio, aquel sujeto tan simpático que la miraba con cara de vieja hambre sexual…

No estaba el conserje.

Había un hombre desconocido, que al verla salir corriendo del ascensor se acercó a ella rápidamente, y se le puso delante dando saltos, y emitiendo una especie de chillidos furiosos, talmente como los de un chimpancé:

—¡Huhí, huhí, huhí…!

Amelia ya no podía estar más asustada ni más pálida. Intentó esquivar al hombre y correr hacia la puerta que daba al jardín frontal del edificio, pero el hombre—chimpancé le cortaba en todo momento la salida, colocándose ante ella con ágiles saltos y sin dejar de gritar «huhí. huhí, huhí!».

Detrás de ella, Amelia oyó el resoplido, y se volvió. Vio al hombre—perro acercándose a ella, lívido el rostro, destilando sangre por el ojo derecho, y

entonces fue ella la que comenzó a gritar. Emitió un alarido de tal potencia que los cristales temblaron en el vestíbulo. El hombre—perro llegó por detrás de ella, la agarró de nuevo por la cabellera, y de un tirón la derribó al suelo.

Inmediatamente, el hombre—chimpancé saltó sobre Amelia, siempre con sus excitadísimos «¡huhí, huhí, huhí!» atronando el ambiente, resonando como agresiones en los oídos de la muchacha, que todavía gritó más cuando se dio cuenta de que el hombre chimpancé mostraba fuera de los pantalones toda su imponente y erecta virilidad.

Tendida en el brillante suelo del vestíbulo, Amelia recibió sobre si todo el peso del hombre—chimpancé, que buscó el camino sexual sin más complicaciones y sin parar mientes en la molestia que pudiera causarle la ropa de la muchacha, que seguía gritando y utilizando ahora sus puños para golpear al hombre que intentaba penetrarla de un modo absolutamente brutal, alucinante.

El hombre—perro también intervino de nuevo, abalanzándose contra Amelia y el hombre—chimpancé y apartando a éste de un empellón, dispuesto a colocarse él en su lugar. Saltó sobre Amelia con la misma furia y apetito sexual que el otro, pero procediendo antes que nada a arrancar medio vestido de un tirón; un tirón tan fuerte que al rasgarse la tela el hombre—perro perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, quedando sentado.

Amelia no titubeó ni una millonésima de segundo: se puso en pie de un salto y corrió hacia la puerta.

Por detrás de ella, el vociferante hombre—chimpancé lanzó un zarpazo que alcanzó a Amelia en la espalda. Sintió en la carne como un grupo de latigazos, le pareció que todo su cuerpo ardía con aquel contacto, y el espanto fue tal que ni siquiera reparó en que lo que restaba de su bonito vestido amarillo quedó en la mano del hombre—chimpancé…

Sin pensar en nada, Amelia Waverly corrió hacia la puerta, la abrió, y salió disparada, sin dejar de gritar…

***

Primero, de un modo vago, Clifford oyó unos gritos histéricos, y enseguida, reaccionando, buscó su procedencia. En primer lugar miró hacia el edificio, y enseguida vio algo que le dejó sencillamente atónito: la señorita Waverly salía corriendo desnuda…, no, desnuda, no: llevaba unas braguitas diminutas. Eso

era todo: unas braguitas diminutas. Todo lo demás de la señorita Waverly se ofrecía generosamente a los ojos de cualquier espectador…

La reacción de Clifford fue, por supuesto, inmediata. Salió del coche y echó a correr hacia Amelia, que tendía los brazos hacia él. Por detrás de la muchacha, Clifford vio salir a dos sujetos, uno de ellos sangrando por la cara, y ambos con todo el paquete genital fuera de los pantalones.

—¡Son ellos, son ellos, son ellos…! —acertaba a gritar en aquel momento Amelia. La verdad es que Clifford no entendió esto, no comprendió a qué se refería Amelia Waverly al decir esto, pero una cosa estaba muy clara para él: dos hombres haciendo exhibición de sus atributos sexuales perseguían a Amelia, y era seguro que ellos habían sido los causantes de que la muchacha apareciera prácticamente desnuda en el jardín.

De modo que, mientras corría al encuentro de Amelia, Cliff sacó su revólver, sin dejar de mirar a los dos hombres, cuya actitud decidida de ataque era sencillamente escalofriante.

Entre Amelia y Clifford se produjo lo que podría denominarse un auténtico choque, tal era el impulso que llevaba la muchacha corriendo hacia el policía: éste acogió a Amelia abrazándola con el brazo izquierdo mientras extendía el derecho apuntando su arma hacia los dos hombres que seguían corriendo hacia ellos, uno ladrando y el otro chillando como enloquecido…

—¡Quietos! —exigió Clifford—. ¡Deténganse o disparo!

Pareció que no fuesen a hacerle el menor caso. Iban lanzados ciegamente, dispuestos a todo. O al menos, así lo interpretó Clifford Daniels, pegado a cuyo cuerpo temblaba el de Amelia Waverly.

El policía no titubeó más. ¡Crack!, restalló secamente el disparo.

El hombre—chimpancé lanzó un gruñido fortísimo al ser alcanzado en el abdomen por la bala, dio un increíble salto en el aire, y cayó rodando siempre en dirección a Amelia y Clifford, quedando súbitamente inmóvil. El otro lanzó un aullido de furia, desvió la dirección de su marcha, y se metió de un salto entre los arbustos de flores que había a la derecha del sendero que conducía a la entrada al edificio, desapareciendo entre ellos.

Amelia estaba diciendo algo al borde de la histeria, y Clifford la apartó y la sacudió por un brazo fuertemente.

—¡Amelia! —gritó—. ¡Estás a salvo, no temas nada!

—¡Son ellos, me han mordido…!

—Tranquilízate. Por favor, Amelia, tranquilízate.

Ella se quedó quieta de pronto, dejando de temblar, mirándole con los ojos muy abiertos. Se oía, lejano, la sirena de un coche policial, y ahora acudía gente corriendo desde la parte de atrás del edificio, en traje de baño, y se acercaban algunos transeúntes.

Clifford se quitó la chaqueta, y se la puso a Amelia, que quedó ridículamente graciosa, pero protegida de su desnudez. Él volvió a abrazarla de nuevo.

—De acuerdo —le sonrió—. Ya pasó. ¿Ya no más gritos?

Ella movió negativamente la cabeza. Cliff le dio un besito en un lado de la boca, y la apartó suavemente. Acto seguido, saltando por encima del inmóvil hombre—chimpancé, corrió hacia los arbustos, de nuevo pistola en mano, por supuesto dispuesto a todo.

No tuvo que hacer nada.

Apenas apartó los arbustos vio al hombre que había estado persiguiendo a Amelia emitiendo ladridos: estaba tendido entre los arbustos, con los ojos poco menos que fuera de las órbitas, el cuello torcido hacia atrás, y mostrando en plenitud su destrozada garganta. Parecía talmente que se la hubiera reventado por lo menos un tigre gigante, a juzgar por los destrozos que le había ocasionado la muerte fulminante. Un chorro de sangre aparecía a borbotones, cada vez más lento y exiguo por el espantoso desgarrón.

Clifford alzó la cabeza. No había nadie más allí, pero evidentemente lo había habido hacía pocos segundos. Tan pocos, que tras destrozar la garganta del hombre—perro apenas debía haber dado quince o veinte pasos alejándose.

Es decir, que tenía a veinte metros como máximo al ser que había hecho aquello, posiblemente al mismísimo Sádico, el jefe de Fauces Sangrientas.

Clifford se irguió vivamente, al mismo tiempo que, en el suelo de tierra esponjosa y bien cuidada en la que crecían los arbustos de flores, veía las huellas de unos pies, de unos zapatos; pero instintivamente rechazó las huellas, porque correspondían a unos pies muy pequeños. De niño. Seguramente aquellas huellas las había dejado con anterioridad algún niño que había estado jugando por allí a esconderse, o algo parecido…

En el momento en que la sirena del coche patrulla sonaba muy cerca de él, y

alguien se le acercaba por la espalda, Clifford vio, por entre las flores, la camioneta que arrancaba al otro lado de Collins Avenue. Era una camioneta pintada de blanco y azul, y arrancó como si de repente hubiesen tirado de ella cien mil elefantes.

Ni se lo pensó. Pasó al otro lado de los arbustos y echó a correr hacia donde había dejado su coche, pero sin dejar de mirar la camioneta.

—¡Deténgase! —oyó la voz conminatoria tras él—. ¡Policía!

—¡Yo también! —gritó Clifford—. ¡Cuiden a la señorita Waverly y que nadie se acerque a esos dos sujetos! ¡Soy Daniels, de Homicidios!

Su voz posiblemente ya no llegaba al agente de uniforme que había empezado a correr tras él en principio. Desentendiéndose por completo, Cliff llegó a su coche, lo puso en marcha, y partió en pos de la camioneta, por supuesto convencido de que era la que utilizaban los componentes de Fauces Sangrientas para recoger a sus «miembros operantes» tras los atracos.

La alcanzó en cuestión de segundos. Se acercó a ella cuando pudo, y se fijó en la matrícula, que grabó en su memoria, por si la camioneta se le escapaba.

Tenía dos alternativas: dispararle directamente a las ruedas de atrás, sin más consideraciones, lo cual podía resultar peligroso para las personas que circulaban pacíficamente a pie y en automóvil por Collins Avenue, o colocarse junto a la camioneta e intentar detenerla llevándola hacia el bordillo, lo que también podía ocasionar un serio accidente…

Sus dudas fueron resueltas por los siguientes acontecimientos: la camioneta redujo considerablemente la marcha, las dos puertas de atrás se abrieron, y dos enormes perros negros y un chimpancé saltaron ágilmente al asfalto, dirigiéndose sin vacilación alguna, como balas, directamente al encuentro del automóvil que conducía Clifford Daniels.

Este veía y no creía. Palideció de pronto al ver uno de los perros saltando. El animal, cuyo peso no era inferior a los cincuenta kilos, se estrelló de cabeza contra el cristal parabrisas, que resonó fuertemente. El sobresalto fue tremendo para Clifford, que metió el pie en el freno hasta el fondo mientras el cuerpo del perro rebotaba como si fuera de goma. Alrededor de Cliff, especialmente detrás, comenzaron a sonar frenazos y espeluznantes chirridos de choques de planchas metálicas, cristales rotos, gritos…

Todavía se estaba moviendo el coche de Cliff cuando el chimpancé cayó sobre el capó y comenzó a saltar furiosamente, dando golpes con los puños al cristal

parabrisas.

Clifford lo estaba contemplando alucinado cuando la cabeza del otro perro apareció por la ventanilla, cuyo cristal, naturalmente, estaba bajado, dado el clima. Esta vez sí, Clifford se llevó el susto de su vida y quedó lívido cuando vio junto a su hombro izquierdo los ojos que parecían de fuego y las gigantescas fauces del Doberman que se abrían como si fuesen la sima más grande del mundo, mientras del vientre del animal brotaba un poderoso rugido que terminó de poner de punta los pelos del policía.

Si, pese a su sobresalto, no hubiera tenido la sangre fría de echarse rápidamente hacia su derecha, la dentellada del perro posiblemente le habría arrancado media cabeza. Así, lo que ocurrió fue que las mandíbulas del perro sonaron como un cepo de acero al cerrarse en el vacío.

Fallado el primer tremendo mordisco, el perro comenzó a moverse de modo que Cliff comprendió que sus intenciones eran, simplemente, entrar en el coche y despedazarlo.

Así que apuntó su pistola a la cabeza del perro y disparó.

La cabeza del perro reventó de un modo repugnante, espeluznante, salpicando todo el interior del coche, incluido el rostro y la parte izquierda del cuerpo del policía. Hubo una sacudida violentísima en la cabeza del animal, que estalló, y lo que quedaba desapareció, arrastrado hacia el asfalto por el peso del cuerpo ya muerto del perro.

Mientras tanto, el chimpancé seguía golpeando con los puños el parabrisas, y el perro que había sido rechazado por éste regresaba hacia el coche, pero lentamente, medio arrastrándose; sin duda había sufrido una lesión muy seria, pero el animal insistía en acercarse a Clifford. Este miró de nuevo al chimpancé, y de repente le apuntó con la pistola a través del parabrisas.

El chimpancé desapareció como por arte de magia. Un instante más tarde. Clifford lo veía corriendo por el asfalto hacia la acera. Y en ésta, el policía vio al niño. El chimpancé iba directo hacia el niño, así que Cliff no titubeó ni una milésima de segundo: disparó contra la espalda del mono alcanzándolo de lleno. El mono emitió un chillido, y rodó convertido en una bola hacia la acera.

Cliff se apeó, y se quedó mirando al perro tullido que llegaba justo entonces junto al cadáver del otro. El animal tullido miró a Clifford, y, de repente, emitió un aullido lastimero, alzando el morro hacia el cielo. El policía vio la forma de la columna vertebral del animal rota en dos o tres puntos, y la pata

delantera derecha totalmente desarticulada. Apretó los labios, apuntó al corazón del perro, y disparó.

El animal dejó de sufrir en el acto.

Alrededor de Cliff, procedentes de los vehículos colisionados unos con otros debido al frenazo efectuado por el policía, y procedentes de las aceras de la avenida, aparecía gente acercándose a los animales. De nuevo se oían sirenas policiales, había gente que gritaba…

Todo era una locura. Cliff se acercó al chimpancé al que había herido por la espalda. El animal estaba vivo, tendido boca arriba, y miró a Cliff como perplejo; emitió unos débiles chillidos y perdió el conocimiento.

CAPITULO V

—Una cosa es segura —dijo el capitán Weston—: la señorita Waverly y tú os habéis convertido en la presa más codiciada de todos los periodistas del país… y del mundo. Cliff: has organizado el más grande follón que recuerdo de toda mi vida en la Policía.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —gruñó Clifford—. Ya le he explicado cómo fueron las cosas, no podía hacer nada más que lo que hice. No iba a dejar que lastimaran a Amelia, ni que me devoraran a mí.

—Vaya, no pensarás que te estoy riñendo, ¿eh? —se sorprendió Weston—. Todo lo que he dicho es que has organizado un follón tremendo. ¿Eso es verdad o no?

—Lo es —gruñó de nuevo Cliff.

—Ajá. Pero de ese follón vamos a conseguir pistas a montones. No creo que tarden mucho en encontrar la camioneta cuya matrícula memorizaste, y además tenemos a los dos hombres muertos, los dos perros, el mono… ¡Antes tan poco y ahora estamos desbordados de pistas!

—Sí, estupendo —rezongó Clifford.

Bob Frost apareció en la sala del apartamento de Amelia, donde se hallaba ésta, envuelta en una bata azul que realzaba su encanto, y los dos policías.

—El conserje del edificio está bien —dijo Frost—. Tiene un golpe en la cabeza, y se lo van a llevar para ponerlo en observación veinticuatro horas, pero está bien. Dice que todo lo que sabe es que un tipo le dio un porrazo, y cuando despertó ya todo el mundo parecía haberse vuelto loco. Los muchachos están controlando la situación en la avenida, todo vuelve a su cauce, y las compañías de seguros te van a odiar por el desaguisado que has hecho con una docena de coches. Se han llevado el mono herido a una clínica privada y esperamos que la prensa no se haya dado cuenta de la maniobra.

—Está bien, Bob; gracias —murmuró Cliff.

—Ha sido una lástima que hayan muerto los dos hombres —murmuró Weston —.

Porque, naturalmente, con ese mono y con los dos cadáveres de los perros no

vamos a sacar nada en claro.

—A lo mejor tienen cerebro de persona —susurró Amelia.

—¿Lo cree así? —se sorprendió Weston.

—Claro que no. Le repito lo que ya dije públicamente: esos animales, simplemente, están muy bien amaestrados, y posiblemente cuando atacan lo hacen no sólo obedeciendo órdenes, sino bajo los efectos de alguna droga. La autopsia comprobará eso.

—Desde luego. Bueno, señorita Waverly, siento mucho que por su buena voluntad en colaborar con la Policía se haya visto en estos apuros. Ha debido llevarse un susto tremendo.

—No lo sabe usted bien. Imagínese, encerrada en un ascensor con un hombre que se pone a ladrarme y morderme —Amelia se estremeció—. No sé qué habría pasado si Clifford no hubiera estado esperándome. Supongo que me habrían alcanzado, me habrían metido entre los arbustos y me habrían… destrozado entre los dos. ¡Dios bendito, qué experiencia, yo que vine a Miami a tomar el sol y divertirme de lo lindo!

—Son cosas que pasan.

—¿Usted cree?

—Bueno, quiero decir que ha sido una lástima, en efecto —farfulló el capitán Weston—. Espero que ya esté repuesta totalmente, pero si ello la tranquiliza Cliff se quedará con usted, de momento, mientras los demás intentamos obtener alguna pista segura. ¿Le parece bien?

—Ya lo creo —sonrió Amelia.

—Sí, entiendo —Weston sonrió, mirando interrogante a Daniels—. ¿Cliff?

—De acuerdo —asintió éste—. Pero hay algo que quiero que hagan los del equipo técnico, y quiero que lo hagan bien: obtener moldes de todas las huellas que haya en la tierra alrededor del hombre que murió entre los arbustos…

—Allá sólo hay huellas de los pies de un niño —dijo Bob—. Yo lo he visto, Cliff.

—Tiene que haber huellas de alguien más, alguien que no estuvo por ahí

jugando, como ese niño. Yo creo que el sujeto en cuestión fue directo hacia los arbustos porque allá esperaba obtener alguna seguridad o alguna ayuda.

—Coño, ¡pues si llega a esperar encontrarse algún enemigo no sé qué le habrían hecho! —exclamó Bob Frost.

—Bob puede ocuparse de que consiga unas huellas perfectas de ese lugar —dijo Weston—. ¿De acuerdo, Bob?

—Sólo me ocuparé de tan importante labor si me ascienden a sargento —gruñó Frost.

—¿Quién sabe? —reflexionó seriamente Weston—. Con todo este asunto en marcha, y contando con que lo resolvamos pronto y bien tal vez todos saldríamos ganando.

—¡Me voy corriendo a sacar esos moldes! —exclamó Frost.

Salió a toda prisa de la sala, dejando sonrientes a Weston, Daniels y Amelia. El primero se despidió con un gesto, y se fue en pos de Frost. Amelia se puso en pie y se acercó al ventanal desde el cual veía el mar. Era una hermosa mañana de sol que estaba desperdiciando. El teléfono sonó en aquel momento, y Amelia se volvió a mirarlo.

Enseguida, sobresaltada, miró a Cliff, que señaló el aparato.

—Contesta, por favor.

—Podría ser… igual que anoche.

—Podría ser —admitió el policía—, Pero no debes temer nada. Lo que tenga que ocurrir no será por teléfono, ciertamente. De todos modos, anoche debiste insistir en llamarme.

—¿Qué habríamos ganado con eso?

—Tal vez no te habría permitido quedarte aquí, pues bien claro se comprende que tus declaraciones en radio, prensa y televisión no han sido del agrado del jefe de Fauces Sangrientas, el tal Sádico. En cualquier caso, no creo que quisiera lastimarte verdaderamente.

—¿Ah, no? —se encrespó Amelia—. ¿Pues qué quería?

—Darte un buen susto. Quizá divertirse… ¡Contesta de una vez!

El teléfono seguía sonando. Se habían acercado los dos, y cuando Amelia descolgó el auricular, Clifford acercó el oído…

Era el padre de Amelia, desde Nueva York. El día anterior ya le habían dicho algunos amigos que ella estaba complicándose la vida en Miami, pero no se había inquietado hasta que, hacía pocos minutos, otros amigos le habían dicho que acababan de escuchar por la radio noticias de Miami realmente inquietantes respecto a la «encantadora veterinaria de Nueva York, la señorita Amelia Waverly»…

Amelia tranquilizó a su padre, se despidió asegurándole que estaba bien protegida, colgó el auricular, y miró irritada a Clifford.

—Si querían darme un susto lo han conseguido. ¡Y me parece un modo muy bestia de divertirse!

—Si hubieran querido lastimarte de verdad habrían podido engañarte para entrar aquí, y en ese caso sí habrían podido hacer contigo cualquier cosa que hubieran querido.

—Sí —titubeó Amelia—, eso es cierto. Parece que ha sido todo… una diversión espectacular. ¡Pero han muerto dos hombres, Cliff!

—Y uno de ellos víctima del propio Sádico o alguien muy allegado a él, estoy seguro —asintió Daniels—. Lo que no sé es cómo pudieron destrozarle la garganta de ese modo.

Por lo menos tuvieron que utilizar un rastrillo de mano de jardinería, o algo parecido. Y quien lo manejó ha tenido que dejar huellas más o menos cerca del cadáver y las del niño. Con un poco de suerte quizá Bob consiga algo en ese sentido… ¿Qué te pasa?

—Tengo hambre —dijo Amelia.

—Admirable. De todos modos —Cliff miró su reloj— es la hora de almorzar, tienes razón. ¿De verdad tienes apetito?

—De verdad. ¿Te parece bien preparar algo mientras yo me ducho y me visto?

—De acuerdo.

—¿O prefieres que no me vista? —susurró Amelia—. Con este calor se está mejor desnudo para echar la siesta, ¿no te parece?

—¿Piensas echar la siesta?

—¿Tú no?

—Amelia: estoy trabajando.

Ella estuvo mirándole fijamente unos segundos, frunciendo el ceño. Por fin, sin decir palabra, abandonó la salita. Cuando, a los pocos segundos, Clifford se dirigió a la cocina oyó el rumor en el cuarto de baño.

Dentro de éste, completamente desnuda, por supuesto, Amelia esperó en vano que la puerta se abriese y entrase el policía. Cuando, a su vez, ella oyó el rumor en la cocina, dio una patadita en el suelo.

—¡Estúpido! —se enfadó.

Se metió en la bañera y cerró las cristaleras. Al poco, comenzó a enjabonarse meticulosamente. Le dolía la mano mordida y la espalda donde el chimpancé le había propinado aquel zarpazo arrancándole los restos del vestido, pero, ciertamente, se había tranquilizado. Se había tranquilizado tanto que incluso había estado dispuesta a hacer el amor con Clifford. Vaya que sí. Y a decir verdad, quizá como una reacción de compensación tras el miedo pasado, se sentía realmente enardecida. ¡Cielos!, ¿cómo podía aquel estúpido rechazar una oferta tan clara como la que ella le había hecho?

«Tal vez mis pechos grandes no le gusten, después de todo —reflexionó la muchacha, inmóvil y absorta bajo la ducha—. A algunos hombres les gustan los pechos pequeñitos.»

Se pasó las manos por los pechos, que en verdad estaban dando señales de exigencias.

Toda ella estaba…

De repente, por entre el rumor del agua que caía ante ella, oyó el descorrerse del panel de cristal que protegía el cuarto de baño de las salpicaduras. Se volvió vivamente, todavía con las manos sobre los pechos, todo el vello del sexo enjabonado.

Sonrió como en un estallido de luz al ver a Clifford mirándola con los ojos muy abiertos.

—Cliff —susurró—, si te has decidido a…

—El niño —dijo con voz tensa Clifford Daniels—. ¡El maldito niño, Amelia!

—¿Qué?

—Vístete en seguida… ¡Tengo que ir al Departamento, y no quiero dejarte sola!

—Pero… ¿de qué estás hablando? —gimió la enardecida muchacha.

—Del niño… ¡Del maldito niño! ¡Date prisa!

***

—Ahí está —lo señaló Clifford en la pantalla; y alzó la voz para pedir—: ¡Stanley, párala!

La imagen quedó congelada. Correspondía a una de las escenas tomadas en videotape cuando el último asalto de Fauces Sangrientas, esto es, al correspondiente al Bank of Florida de la Flagler Street. En la imagen congelada se veía al niño mirando los destrozos que estaban causando los perros entre los clientes. Sentada más atrás que los policías, rumiando a solas su insatisfacción amorosa, estaba Amelia Waverly, que evitó mirar a la pantalla. En cambio, tanto Cliff como Weston y Frost la miraban con suma atención. El niño estaba mirando las escenas de sangre con los ojos muy abiertos y las manos ante la boca. A primera vista podía parecer que estaba sencilla y lógicamente aterrorizado.

—¿Es él? —preguntó Weston—. ¿Es el mismo de Collins Avenue, el que creíste que iba a ser agredido o cuando menos arrollado por el mono?

—Creo que sí. Hasta ahora no le hemos visto muy bien la cara, ya que si se ha fijado, en todo momento, desde que entró en el banco, ha procurado mantenerla oculta a la cámara. Pero quizá a partir de ahora podamos vérsela en algún momento. En cualquier caso, insisto en mi pregunta: ¿qué hacía ese niño en el banco? En los informes no aparece, no es hijo de ninguna de las personas que están también ahí, y cuando llegaron nuestros compañeros el niño no habló con ninguno de ellos; simplemente, desapareció.

—Bueno, Cliff, pero eso…

—Eso es sólo el principio.

—¿Qué quieres decir? —lo miró vivamente Weston.

—Terminemos de ver esta grabación.

Cuando la grabación terminó Weston y Frost miraron interrogantes a Cliff, que todavía permaneció pensativo, como ausente, unos segundos. Miró de repente a uno y a otro.

—Fíjense bien —murmuró—: en ese atraco aparece un niño, en el jardín del edificio donde está Amelia hay huellas de los zapatos de un niño junto al hombre «ejecutado» para que yo no pudiera capturarlo con vida e interrogarlo, en la acera del otro lado de Collins Avenue había un niño hacia el cual corría el mono… pero no para atacarle. Del mismo modo que tampoco pretendía atacarle el hombre que se metió entre los arbustos. Simplemente, ese hombre sabía que el niño estaba allí, y corría hacia él porque buscaba ayuda o protección…, lo mismo que el mono, cuando vio que le apuntaba con mi pistola…

—Bueno, Cliff, suponer que un niño pudo destrozarle la garganta a aquel pobre tipo me parece demasiado —refunfuñó Weston.

—Es que no es un niño.

—¿Qué? —exclamó Frost.

—¿Qué es, entonces? —preguntó Weston,

—Es un enano.

—¡Atiza! —respingó Frost.

—Y no es la primera vez que lo vemos —continuó Clifford, con expresión como alucinada por el triunfo—. ¡Lo hemos visto en los dos anteriores atracos, en las grabaciones! Lo recuerdo ahora todo perfectamente. En el primer atraco aparecía una anciana encorvada cuya declaración echamos a faltar luego, ¿recordáis?

—Ah, sí —exclamó Bob Frost—: una viejecita menuda, muy encorvada de cabellos blancos… ¡Maldita sea, Cliff, no me digas que esa anciana es el niño!

—Y el jorobado.

—El jorobado —dijo Weston, como alucinado.

—¡El maldito jorobado! —chilló Frost—. ¡También lo recuerdo ahora! Está en la grabación del segundo atraco, y tampoco presentó luego declaración alguna, se esfumó, no pudo ser interrogado por ninguno de nosotros. ¡Ese enano ha estado presente en todos los atracos! ¡La puta que lo parió!

—Tranquilo —sonrió secamente Clifford—. Antes que nada vamos a asegurarnos. Veamos las tres grabaciones de nuevo, despacio, y fijándonos bien en todos los detalles. Sobre todo, en uno: observen que cuando los perros y los monos están atacando, el jorobado, la anciana y el niño tienen las manos ante la boca.

—¿Y qué significa eso? —inquirió Frost.

—Primero veamos si es tal como yo digo. Y fijaros bien, por si encontráis alguna similitud entre el jorobado, la anciana y el niño.

Hora y media más tarde, tras la meticulosa observación de las tres videotapes, incluso Amelia Waverly, que había optado por tranquilizarse y formar parte del interesado grupo, estaba de acuerdo con Clifford Daniels: había rasgos, características, modo de moverse, gestos del cuello en especial, que indicaban prácticamente sin lugar a dudas que el jorobado, la anciana y el niño eran la misma persona, siempre de escasa estatura, justificada en un caso por la lógica infantil, en otro por la joroba que forzaba la inclinación hacia delante, y lo mismo en la anciana aunque ésta no tuviera joroba.

—La puta que lo parió —insistió Frost—, ¡Vaya si le está bien aplicado eso de Sádico! ¡Siempre quiere estar presente para ver los destrozos que hacen sus animales…!

—No es por eso. O mejor dicho, no es sólo por eso —dijo calmosamente Clifford—: es que alguien ha de tocar el pito.

—¿Qué pito?

—El silbato. Pregúntale a Amelia qué clase de silbato, Bobbie.

—¿Qué clase de silbato? —obedeció dócilmente Frost.

—Supongo que se refiere a uno que emite sonidos ultrasónicos, que pueden ser percibidos por los oídos de los animales pero no de las personas —murmuró Amelia—. Y supongo que Cliff está diciendo que con ese silbato el enano o lo que sea da las órdenes a sus animales: éstos las oyen, pero no las personas que están en el lugar del atraco. Y cada silbato, cada sonido determinado, debe implicar una orden diferente y bien concreta. De modo que

cuando los animales atacan no es que lo decidan de repente, no es que se vuelvan locos sin más ni más…, es que el enano emite órdenes de ataque con el silbato. Él está siempre allí, dirigiendo la operación; los perros y los monos llevan las grabaciones y hacen «su función, su espectáculo», pero no están solos: el enano siempre está con ellos, vigilándolos y controlándolo todo.

—Ni yo lo habría dicho mejor —dijo muy satisfecho Cliff.

—Eso significa —dijo Weston—, que en el próximo atraco también el Sádico estará presente…, pero disfrazado de no sabemos qué.

—Ni sabemos dónde se producirá, de modo que poco importaría que supiéramos que estará presente… Quiero decir que el próximo atraco ya no se producirá —aseguró Clifford—: lo atraparemos antes.

—Estupendo —sonrió de oreja a oreja Bob Frost—. ¡Estupendo!

—Me parece que no te ha tomado muy en serio, Cliff —dijo Amelia.

—Ya he captado su guasita —encogió los hombros Clifford—, pero no me importa. Si trabajamos todos rápidos y bien podemos cazar al enano antes de una semana.

—En una semana puede haber cometido siete atracos más, si se le mete en la cabeza —dijo Frost—; pero oigamos qué podemos hacer mientras tanto nosotros, aparte de buscar la camioneta.

—Buscar en los circos.

Bob Frost quedó como petrificado. Weston alzó las cejas, y acto seguido sonrió.

—Tal vez si ese enano esté trabajando en un circo —admitió.

—Aunque en la actualidad ya no estuviera allí, no lo tenemos demasiado difícil —explicó Daniels—. No creo que haya en Florida muchos enanos que hayan trabajado o estén trabajando en un circo o que, cuando menos, estén relacionados con animales en una escala poco corriente; quiero decir que ese enano tiene acceso a muchos perros, y, especialmente llamativo, a muchos monos. Ambas cosas sugieren un lugar donde la presencia de muchos animales no llame demasiado la atención. Podría ser una perrera, pero la presencia de monos me hace inclinarme más por un circo. Ese enano ha estado en un circo, ha conocido domadores, sabe cómo entrenar animales… No deberíamos tener demasiadas dificultades en localizar una persona así…

ya que tampoco hay muchos enanos, ¿verdad?

—Yo creo que eso dará resultado —dijo con tono elogioso Amelia.

—Ya te la has metido en el bolsillo, como era de temer —gruñó Frost—. ¡Siempre igual!

—¿Qué quiere decir eso de «siempre igual»? —se interesó la linda veterinaria.

—Pues que siempre me birla las chicas.

—Ya. Y eso… ¿ocurre con frecuencia? Quiero decir: ¿el teniente Daniels anda siempre detrás de las chicas?

—No. qué va —farfulló Frost—: por lo general sucede al revés, son ellas las que andan tras él. ¡Y me gustaría saber cómo se las arregla!

—Hombre, a mí también —dijo Weston—. Pero quizá en estos momentos deberíamos ocuparnos de otras cosas. Por ejemplo, de intentar localizar al Enano Sádico.

—Si a mí me ponen ese nombre me muero del disgusto —aseguró Bob Frost —. ¡Caray: el Enano Sádico! Es un nombre que encantará a los periodistas… ¡Qué tonterías estoy diciendo!

—En efecto —asintió Clifford Daniels—, porque la prensa no debe saber nada de esto por ahora, Bob.

—Ya, hombre, ya. Ha sido un lapsus. Realmente, lo mejor será que lo busquemos en el mayor secreto, recurriendo a diversos Departamentos de todo el Estado, pero haciéndoles la misma recomendación de discreción. Y mientras tanto, si nos preguntan, diremos que tenemos muchas y buenas pistas: los perros muertos, el mono que seguramente sabe hablar, los cadáveres de dos hombres…, y la matrícula de la camioneta, todo lo cual, sin duda, debe tener sin cuidado al Enano Sádico, ya que debe tener previstos esta clase de contratiempos y no le preocupan en absoluto. Y no digamos lo de la matrícula de la camioneta, que puede cambiarla siempre que le dé la gana. Se reirá de nosotros…, mientras nosotros iremos estrechando el cerco. ¡Coño, qué buena idea!

Weston, Cliff y Amelia miraban sonriendo a Frost. Por fin, Weston y Daniels se miraron, y el primero dijo:

—Será cuestión de estudiar seriamente lo del nombramiento de sargento para esta lumbrera, teniente.

—De acuerdo, capitán.

—Menos coñas —gruñó Frost.

—¿Y si fuésemos a cenar? —dijo Amelia—. ¡Es tardísimo y estoy que me muero de hambre!

CAPITULO VI

—¿Puedo preguntarle una cosa, señorita?

—Cómo no, señor: ¡pregunte, pregunte…!

—¿Se puede saber qué hace usted en mi cama?

—Pasarlo estupendamente —Me alegra muchísimo.

—Cliff, de verdad: me he enamorado de ti.

—Eso ya es más grave.

—¡Estoy loca por ti!

—Ciertamente, es una locura tomarse en serio las cosas del sexo.

—¡No se trata sólo de sexo! Te estoy diciendo que te amo.

—¿No será que, simplemente, me estás… agradecida? Ayer estabas en erupción, y finalmente, aunque te hiciera esperar con todo lo de las grabaciones de los atracos, y hasta tuvieras que dedicar un tiempo a cenar, finalmente digamos que te serví de… sedante.

—¡No hables así!

—Amelia, eres una caliente: ¿lo sabías?

—Sí, pero no veo por qué una mujer no puede ser una… caliente y estar enamorada.

—Eso también es cierto. Bueno, realmente ha sido una noche absolutamente maravillosa, pero deberíamos enfocarlo de ese modo definitivamente: te gusto, me gustas, lo hacemos y adiós.

—¿Y eso por qué?

—Bueno, tú eres veterinaria, millonaria de cuna, y vives en Nueva York. Yo sólo soy teniente de la Policía y vivo en Miami. Creo que eso le llamo yo unos términos bastante considerables de separación, o de divergencia.

—Dime una cosa: ¿te gustan mis pechos, o te parecen demasiado grandes?

—Son perfectos —aseguró Clifford.

—Entonces, todo solucionado: o te vienes tú a Nueva York o me quedo yo en Miami. Lo mismo da una cosa que otra considerando que en Nueva York hay delincuentes y en Miami hay animales. ¿Cierto o falso?

—Cierto, pero…

—¿Por qué no seguimos discutiendo ese tema después?

Amelia se abrazó a Cliff, y le besó en la boca. El policía sintió una vez más aquella descarga tremenda en todo su cuerpo, y abrazó el de la muchacha, pura seda tibia. Sentía contra su pecho el contacto turgente y prieto del de ella. Eran perfectos absolutamente. Y deliciosos. Y la noche había sido de auténtica fábula. Ella había dicho que tenía «miedo» de volver sola a su apartamento, y él había dicho que, en efecto, quizá sería más prudente que se buscara otro alojamiento…, y cuando vino a darse cuenta Amelia estaba en su cama y él la estaba penetrando.

Como ahora.

Habría sido una necedad negar que Amelia Waverly era un encanto de criatura. La pregunta era: ¿qué había hecho él en la vida para merecerse semejante bombón?

Lo que no sabía Clifford Daniels era que, justamente en aquel momento, mientras ella se abrazaba fuertemente a él suspirando de satisfacción también pensaba en qué había hecho una chica como ella para merecer tanto, tanto, tanto…

Cuando, media hora más tarde, sonó el teléfono del apartamento de Cliff, éste terminaba de afeitarse en el cuarto de baño, y Amelia, desnuda, con sólo un delantal y zapatos de tacón alto, estaba preparando el desayuno para ambos. Eran las ocho y cinco minutos.

—Yo contesto —dijo Cliff, parando la afeitadora eléctrica.

—Si quieres lo hago yo y digo que te has casado.

Sonriendo. Cliff pasó ante la puerta de la cocina, recreándose la vista a plena satisfacción. Cuando descolgó el auricular estaba maravillado y extasiado.

—¿Sí, diga? —inquirió alegremente.

—GRUUUUUMMMMM…

—¿Qué…?

Cliff no dijo nada más, porque comprendió en el acto, recordando las explicaciones de Amelia sobre aquel rugido. Tapó el micrófono con una mano, emitió un silbidito, y acto seguido dedicó toda su atención al gruñido—rugido—bramido que retumbaba de nuevo en el aparato:

—¡GGRUUUUUMMMM!

Amelia apareció en la puerta de la salita, captó su seña, y corrió a su lado, pálida al comprender por las señas de él lo que estaba sucediendo. Hubiese preferido no volver a escuchar aquel sonido, pero sabía que Clifford tenía que convencerse de que era el mismo, así que escuchó con él, lo miró, y cuando volvió a oírse el retumbante gruñido abdominal asintió con la cabeza. Clifford también asintió, y en el momento en que volvía a sonar el gruñido, dijo, tranquilamente:

—Escuche, payaso, a mí no me va a asustar con estas imbecilidades. Sólo le diré una cosa: si tiene usted cojones venga a gruñirme a la cara. ¿Los tiene? ¿No? ¡Pues váyase a la porra, imbécil!

Colgó el auricular, en el mismo momento en que volvía a oírse el gruñido.

—Dios mío, él sabe que estoy aquí —gimió Amelia.

—Yo también estoy aquí —dijo Cliff—. y ese enano sabe muy bien cómo las gasto.

—¿Crees que ese… gruñido lo hace él, el enano?

Cliff titubeó, y por fin movió la cabeza negativamente.

—No —admitió de mala gana—. No creo que eso pueda hacerlo un enano. Tiene que ser una… bestia mucho más grande. Quizá sea una grabación, Amelia: el Enano Sádico ha demostrado ser un experto en esas cosas. El llama, y te pone la grabación. Se debe divertir con eso.

—Parece que la haya tomado conmigo…

—Ya he pensado en eso: creo que se ha enamorado de ti.

—¡Oh, Cliff, no es momento de bromas!

—No estoy bromeando. Si me he enamorado yo, imagínate él, que es más pequeño y más feo. Amelia, ese enanito te vio desnuda ayer, escondido entre los arbustos… Debió llevarse la impresión de su vida, pobrecillo.

—¿De verdad estás hablando en serio?

—Completamente. Ese enano…

—¡No hablo del enano, hablo de ti! Has dicho que tú te has enamorado de mí, o sea, que debo entender que significo para ti algo más que una noche de locos placeres. ¿Es así?

Clifford se echó a reír, y la abrazó.

—Eres la chica más simpática y estimulante que he conocido, Amelia. ¿Cómo no había de enamorarme de ti?

—¡Oh, Cliff, entonces…!

El teléfono volvió a sonar en el momento en que Amelia se colgaba del cuello de Clifford.

Este descolgó el auricular, y bramó:

—¡Escuche, imbécil, no me fastidie más o le partiré el alma, ¿me ha entendido, cretino, so mongólico!

Hubo un par de segundos de denso silencio. Acto seguido sonó la voz del capitán Weston:

—¿Cliff? ¿Eres tú o me he equivocado de número?

—¡Atiza! —respingó Clifford—. ¡Es el capitán!

Amelia abrió mucho los ojos, como asustada. De pronto, se echó a reír.

—Sí, tuvo mucha gracia — admitía una hora más tarde el capitán Weston en su despacho, mientras Frost se desternillaba de risa—, pero lo que no tiene gracia es que a la señorita Waverly la esté molestando el Enano Sádico. Tal vez sería mejor que regresara a Nueva York.

—¡Ni soñarlo! —respingó Amelia—. ¡Quíteselo de la cabeza! ¡A mí no me

sacan de Miami ni a cañonazos!

—Pues no es mala idea —dijo Cliff.

—¿¡Lo de sacarme a cañonazos?!

—Lo de enviarte fuera de Miami. Pero no a Nueva York, pues él sabe que vives allí. Habría que buscar un sitio adecuado en el que estuvieras a salvo de peligros y molestias hasta que atrapemos al Sádico.

—¡No quiero alejarme de ti! Además, seguro que ya no vuelve a llamar, sabiendo que estoy contigo…

El teléfono sonó en aquel momento, y todos lo miraron vivamente, sobresaltados.

Luego, los cuatro sonrieron a la vez, y Weston, moviendo la cabeza, atendió la llamada.

Era el teléfono de línea directa.

—¿Diga?

—GRRRRUUUMMMM…

La mirada de Weston saltó hacia Amelia, y enseguida hacia Cliff. Todos comprendieron en el acto, pero sólo Frost, que era el único que no conocía el gruñido retumbante, se acercó a escucharlo.

—Oiga, ¿qué dice? —preguntó Frost.

—¡GGGRRRUUUuuuUUUUUmmmMMMMM!

—Amigo, ¿sabe qué me recuerda su voz…? ¡Un pedo gigante! De modo que si quiere dar miedo a los niños búsquese otro sonido que…

Clic, sonó el auricular del otro lado al ser colgado. Frost apartó su rostro de Weston, y movió la cabeza.

—No es muy buen conversador —dijo; de pronto se puso serio—. La verdad es que yo empezaría a tomarme en serio eso de largarme de Miami, señorita Waverly.

—Llámame Amelia —sonrió ésta.

—¡Oh, encantado…!

—Y dime: ¿de verdad crees que voy a esconderme? ¿Voy a amargarme la vida y permanecer alejada de Cliff por un enano gruñón?

Los tres policías cambiaron miradas de consulta unos con otros. Por fin, Clifford dijo:

—Amelia, nosotros tenemos que convencer al Enano Sádico de que le estamos buscando utilizando las pistas que mencionaremos a la prensa, así que debemos desplegar mucha actividad: ir a ver al mono, interesarnos por las autopsias de los dos sujetos y de los perros, buscar la camioneta… Bueno, no puedo estar pendiente de ti todo el día, francamente.

—Me basta que estés pendiente de mí toda la noche —sonrió Amelia—. Mira, de día tú cumples tu obligación con toda normalidad, mientras yo permanezco aquí, en el Departamento, adonde por supuesto el Enano no se atreverá a venir; y de noche, pues… cada cual a su casita a descansar.

***

Sí, sí, a descansar, pensaba aquella noche Robert Frost cuando regresaba a su apartamento… ¡Menudo descanso iba a tener Cliff, con una chica como Amelia en su cama! Porque al final ella se había salido con la suya, y en aquellos momentos, mientras él llegaba solo a su solitario apartamento tras un agotador día de trabajo, Cliff debía estar llegando al suyo con Amelia abrazada a su cintura. Una encantadora cena, unos besitos… ¡y hala, dale que dale toda la noche!

«—Tendré que casarme —reflexionó Bob Frost mientras abría la puerta de su apartamento—. Como dijo no sé quién, no es bueno que el hombre esté solo…

Ya había entrado en su apartamento y cerrado la puerta al mismo tiempo que encendía la luz, todo con perfectos movimientos sincronizados por la práctica de años. Una práctica que le permitía conocer cada detalle, sonido u olor de su apartamento y el entorno general. Y fue este conocimiento de su entorno general, del «clima» de su ambiente habitual, lo que hizo saber a Bob Frost que, al menos aquella noche, él no estaba solo en su apartamento.

Y en el mismo momento en que comprendía esto, sucedió todo lo demás, en cuestión de apenas un segundo: supo que había alguien tras él, movió la mano

derecha hacia su axila izquierda en busca de la pistola, y se le pusieron los pelos de punta al oír cerca de su nuca:

—¡GRUUUMMMMMMM…!

***

No hacía ni siquiera diez segundos que ambos habían suspirado fuertemente expresando su grandioso placer cuando sonó el teléfono de la mesita de noche al unísono con el de la salita. Todavía estaban abrazados, recuperándose de gozar, y el timbrazo les ocasionó una sacudida.

Luego, Cliff susurró junto a la orejita de Amelia:

—Si es otra vez tu amigo me va a oír.

—No contestes —sugirió ella.

—Mujer, puede ser el Departamento —Cliff se desprendió de los brazos de Amelia, giró, y alcanzó el auricular del teléfono—. ¿Diga? —¿Qué? Bob… ¿eres tú? ¡Bob!

—No te muevas de ahí… ¡No hagas nada! —Clifford estaba lívido—. Voy a llamar una ambulancia ahora mismo, y en diez minutos estoy yo ahí. Por encima de todo, Bob, conserva la serenidad.

Pulsó la horquilla, mientras Amelia, que se había sentado sobresaltada en la cama, preguntaba:

—¿Era Bob Frost? ¿Qué pasa, Cliff?

—Vístete —la miró brevemente él, comenzando a marcar el número—. No voy a dejarte aquí sola mientras acudo al apartamento de Bob.

Amelia saltó rápidamente de la cama, y Cliff pidió la ambulancia, que envió al domicilio de Frost, en el 814 de North West 48th Street, relativamente cerca de Manor Park.

Quince minutos más tarde pasaba cerca de Manor Park, y medio minuto después detenía el coche ante el edificio número 814 de la mencionada calle. Él y Amelia se estaban apeando cuando captaron el destellar azul de una ambulancia acercándose. Eran casi las doce de la noche, y todo estaba

tranquilo, parecía que el mundo viviese en paz.

Amelia tuvo que correr detrás de Cliff, que se lanzó escaleras arriba a toda velocidad.

En un santiamén estuvo en el segundo piso. Conocía perfectamente el apartamento de Bob Frost, del mismo modo que éste conocía el suyo, pues con cierta frecuencia uno iba en busca del otro por asuntos de trabajo o simplemente para ir a dar una vuelta juntos y convidar a un par de chicas. Normal en dos solterones.

La puerta del apartamento estaba abierta, entornada. Clifford la empujó cautelosamente, entró y encendió la luz, al tiempo que comenzaba a llamar quedamente a su amigo y compañero. Se quedó con el medio nombre atragantado cuando, al encender la luz vio los manchurrones de sangre por todas partes. En un rincón vio el revólver de Frost.

Oyó tras él el jadeo de Amelia, enseguida su respingo, y luego su exclamación de espanto:

—¡Oh, Dios mío!

—Quédate aquí —murmuró Cliff—. Espera a los de la ambulancia, no entres conmigo, ¿entiendes?

Se adentró en el apartamento, siguiendo fácilmente el rastro de sangre dejado por Bob Frost. Parecía talmente que un gigantesco caracol se hubiera deslizado por el pasillo, dejando sangre en lugar de baba. Llegó a la entrada a la salita, que conocía perfectamente, y que sin embargo le pareció desconocida. Enseguida supo por qué: el cambio de iluminación.

Era una iluminación insólita: la lámpara de pie del rincón donde Bob Frost solía leer y adormilarse viendo televisión estaba tumbada en el suelo, y esparcía su luz de un modo inusual. Cliff comprendió que Frost la había tumbado precisamente para poder encenderla y ver el disco del teléfono mientras marcaba su número…

Vio a Frost, efectivamente, al mirar hacia donde sabía que estaba el teléfono, sobre una mesita. El auricular estaba caído en el suelo. Bob yacía boca abajo sobre el piso, al final del reguero de sangre. Clifford se acercó a él despacio, como si temiera romper o liquidar algo si hacia ruido o un movimiento brusco.

Frost yacía con la cara vuelta hacia la pared, y de momento Cliff sólo vio su

nuca, en la que puso dos dedos, captando el latido lento de vida precaria. Las ropas de Bob estaban despedazadas por todas partes, y en algunas partes se veían las carnes como mordidas. El brazo izquierdo estaba retorcido de tal modo que parecía una pesadilla surrealista, y, evidentemente, roto por no menos de tres puntos. La pierna derecha mostraba la punta del pie orientada hacia atrás.

Cliff oyó el rumor de voces en el vestíbulo del apartamento. En seguida aparecieron los dos camilleros portando su utensilio de trabajo, y se acercaron rápidamente. Depositaron la camilla junto a Frost, y la movieron lo más suavemente posible para colocarlo en ella. Al ver la cara de su amigo Cliff quedó pálido como un muerto.

—Dios bendito —jadeó.

—Lo sorprendente es que esté vivo —comentó uno de los camilleros.

A las seis y pico de la mañana, Cliff dio un suave codazo a Amelia, que dormitaba sentada a su lado en el banco, con la cabeza apoyada en su hombro. Amelia se enderezó, parpadeó, y se despertó totalmente al ver al médico que se acercaba a ellos, seguido de una enfermera. Ambos se detuvieron frente al banco en el que ella y Cliff aguardaban desde hacía más de cinco horas. Weston había acudido, llamado por Cliff, pero luego se había ocupado personalmente del apartamento de Frost, realizando el más meticuloso y profundo examen en busca de alguna huella o pista rápida…

—¿Puedo preguntarle una cosa, teniente? —preguntó el médico.

—Desde luego —murmuró Cliff.

—¿Qué le pasó a su amigo? ¿Contra qué chocó?

—Contra el Sádico de Fauces Sangrientas. ¿Vivirá?

El médico aspiró profundamente.

—Tiene hecho papilla un brazo y una pierna, rotas nueve costillas, partidos tres dientes, hundido un pómulo, rota la mandíbula inferior, desgarrado el cuerpo por todas partes como si lo hubieran mordido una manada de lobos enloquecidos… En mi opinión está vivo porque quien hizo eso creyó que ya estaba muerto, y dejó de ensañarse con él.

—¿Vivirá?

—No me pregunte cómo es posible, ni le aseguro que la cirugía pueda dejarlo como estaba antes, pero vivirá.

—Eso es cuanto quería saber —susurró el policía, poniéndose en pie—. Gracias por todo, doctor. Vámonos. Amelia.

CAPITULO VII

El avión con destino a Nueva York salía a las cinco y veinte de aquella tarde. A las cinco menos cuarto, Amelia Waverly y el teniente Daniels estaban ya en el Miami International Airport, para cumplir el plan previsto. Amelia se había resistido con todas sus dotes de discusión y persuasión, pero Cliff habíase mostrado inconmovible: ella se iba de Miami, y eso era todo.

Pero no a Nueva York, como podría pensar cualquiera que sintiera interés por la señorita Waverly, y la viera allí media hora antes de que saliera un vuelo hacia Nueva York. El destino inicial de Amelia era Nueva Orleáns, donde debería tomar otro avión con destino a un lugar que ni siquiera debía comunicar a Clifford Daniels. Todo lo que tendría que hacer Amelia seria ir llamando diariamente a Cliff para saber cómo estaban las cosas y si podía ya volver.

El plan era el siguiente: llegarían los dos al aeropuerto, Cliff llevaría el equipaje de Amelia al embarque para Nueva York, dejando a la muchacha sola en el vestíbulo, aparentemente esperando que él regresara con el tíquet de embarque. Pero, lo que haría Amelia Waverly mientras Clifford enviaba sus cosas a Nueva York seria tomar subrepticiamente el avión con destino a Nueva Orleáns. ¡Y que la buscase el Enano Sádico!

De modo que así encaminaron las cosas en cuanto llegaron al aeropuerto: Amelia se sentó en una de las butacas del vestíbulo, y Cliff se fue con el equipaje de ella hacia el embarque.

Y apenas había desaparecido Cliff de la vista de Amelia, un precioso perrito caniche saltó al asiento contiguo al de Amelia, que volvió la cabeza con cierto sobresalto, y sonrió al ver al caniche.

—Menudo susto me has dado —dijo amablemente—. ¿Te has perdido?

—No —dijo el perro—. Sé muy bien lo que estoy haciendo, señorita Waverly.

Por supuesto, Amelia quedó paralizada de sorpresa primero, y pálida de espanto acto seguido al comprender la inesperada situación. No tuvo tiempo de iniciar la menor reacción, pues el perro continuó hablando:

—Salga rápidamente de aquí, suba al coche del teniente Daniels llevándome con usted, y le iré diciendo lo que tiene que hacer. Si no me obedece tendré que hacer las cosas de otra manera, y esa manera implicaría la muerte del

teniente Daniels. ¿Me ha comprendido?

Amelia tragó saliva. Había comprendido perfectamente: o ella hacía lo que le ordenaba el perro o Clifford podía morir, seguro que iba a morir y seguramente ella también.

Se puso en pie como una autómata. El perro saltó del sillón, y se dirigió con gracioso pasito vivo hacia la salida. Amelia le siguió, pero tras salir del edificio del aeropuerto fue ella quien se encaminó hacia donde había dejado Clifford su coche, estacionado provisionalmente. Se sentó ante el volante, y enseguida el caniche pasó por sobre sus muslos y fue a sentarse al asiento contiguo, y dijo:

—Arranque, señorita Waverly. Tranquila, sin prisas ni nervios. No queremos llamar la atención, ¿verdad?

Clifford había dejado las llaves puestas. Amelia dio el contacto, y arrancó suavemente, mirando de reojo al perrito caniche. Tenía que serenarse de verdad, naturalmente. En primer lugar, el perro no hablaba; la voz sonaba bajo su mandíbula inferior, donde Amelia alcanzó a divisar el pequeño aparato adherido al collar. Es decir, que alguien estaba utilizando una pequeña radio para comunicarse con ella. En segundo lugar, el perro no parecía en absoluto peligroso; estaba muy bien entrenado, debía obedecer órdenes ultrasónicas, pero no era, ni de lejos, de los que el Enano Sádico utilizaba para los atracos y agresiones. A decir verdad, era un perrito encantador.

—¿Adónde tengo que ir? —preguntó Amelia, con voz aguda.

—De momento diríjase hacia la salida, pero no hacia la de Airport Expressway, sino por Perimeter Road y luego por Weatherford Boulevard, hacia el Este… ¿Conoce el Aeropuerto?

—Claro que no. Usted sabe que no soy de aquí.

—Yo le iré dando indicaciones, no se preocupe, y verá qué fácilmente saldremos a la North West 12th Street. Tranquila, no se ponga nerviosa por nada.

—¿Qué pretende usted de mí?

—Me gustaría que se considerase como mi más distinguida y estimada invitada, eso es todo.

La voz seguía sonando como si fuese el perro quien hablase; una voz suave,

cuidada, amable, tranquila. Por supuesto, muy diferente del gruñido ventral que se le atribuía al Enano, o cuando menos a sus trucos… ¡Oh, Dios mío, qué disgusto iba a llevarse Cliff cuando se diera cuenta de que ella había desaparecido y que no tomaba el avión de Nueva Orleáns…!

***

Ciertamente, Clifford Daniels se había llevado un disgusto al ver lo que sucedía, y que había comprendido en el acto; se había vuelto para ver si Amelia estaba donde debía estar, y había visto al caniche sentarse junto a ella. Y enseguida, viendo la expresión de la muchacha mirando al perro, comprendió que el Enano Sádico no les había perdido la pista ni un momento.

Todo lo que pudo hacer el teniente de Policía fue dejar las maletas de la muchacha en el suelo, y emprender el regreso en busca de Amelia. La vio tan envarada y recelosa que intuyó una verdadera calamidad si, simplemente, él iba a buscarla y se hacía cargo del caniche. El simple hecho de que Amelia estuviera desobedeciendo sus instrucciones para irse con el perro ya era suficiente para que Cliff comprendiera que debía tomarse las cosas con calma y con todas las precauciones posibles.

En suma: no debía hacer nada hasta que estuviera seguro de que convenía hacerlo.

Por el momento, no había peligro alguno en que Amelia se metiera en el coche con el perrito. Pero si hacía esto era por algo, así que Cliff buscó rápidamente cerca de él, vio el taxi parado, y se metió dentro.

—Siga a aquel coche —ordenó al taxista—. ¡Esto es una emergencia policial!

—¡Oh, no!

—Haga lo que le he dicho —dijo secamente Clifford.

El taxista encogió los hombros, y partió en pos del coche de Cliff que conducía Amelia Waverly.

***

Finalmente, el perro le ordenó a Amelia que se detuviera y que apagara el motor y todas las luces del coche, y la muchacha obedeció. Ya era de noche, y

todo lo que sabía era que hacía más de tres horas que conducía sin alejarse demasiado de la misma zona, pues había pasado varias veces por el mismo sitio, siempre siguiendo las instrucciones del perro. Las últimas indicaban que debía frenar fuera de la carretera, y así lo había hecho Amelia.

—Sígame —dijo el caniche.

Amelia se apeó, y el perro lo hizo tras ella, alejándose de la carretera. Doscientos metros más allá divisó la mole de la camioneta, cuyas puertas de atrás se abrieron cuando Amelia estaba cerca. La veterinaria se detuvo en seco al ver relucir los ojos de dos perros en la oscuridad de la caja de la camioneta.

—No tema —dijo el caniche—, no la lastimarán si yo no lo ordeno. Suba con ellos sin preocupación alguna, señorita Waverly: no le deseamos mal alguno, de veras.

Amelia subió a la camioneta. Un chimpancé apareció ante ella, y cerró las puertas, dejándolo todo sumido en una oscuridad impresionante. En alguna parte se oyeron los alegres ladridos del caniche, que cesaron pronto. A los pocos segundos la camioneta se puso en marcha.

En la parte delantera de la camioneta se abrió una pequeña ventanilla alargada horizontalmente, y por un momento Amelia vio algo de luz, quizá de los tableros de instrumentos de la camioneta, o de la carretera, a la que sin duda habían regresado, y se alejaban ahora del lugar donde quedaba abandonado el coche de Cliff…

La luz que divisó Amelia en la pequeña ventanilla fue brevísima, porque enseguida algo la ocultó, y, al instante, Amelia oyó:

—GRRUUUMMMMMM…

Amelia respingó, mientras sentía, como si sucediera a cámara lenta, ponerse de punta el vello de su nuca. Uno de los perros que la acompañaban tan silenciosamente gimió al oír el gruñido de pavorosas proporciones acústicas. La muchacha, sentada ahora en el piso de la caja, no se atrevía ni a moverse, pero gritó cuando una mano velluda y torpe tocó su cara y descendió rápidamente por el pecho. Ante ella sonó el grito sobresaltado del mono, que se alejó. Uno de los perros gruñó. En la cabina de mandos de la camioneta se oyó una risita gozosa.

La camioneta seguía su marcha…

***

La camioneta se detuvo, por fin. Desde lejos, Clifford vio apagarse sus luces rojas de atrás en último lugar. Esto significaba que terminaba el riesgo de que él se partiese la cabeza contra un árbol o contra el asfalto, ya que podía dejar de pilotar la magnífica motocicleta que había robado, y con la que había seguido la última hora a Amelia, con las luces apagadas, corriendo todos los riesgos, desde el del accidente hasta el de ser visto por la dotación de algún coche de la Highway Patrol.

Y precisamente esto último era lo que menos le interesaba, hasta el punto de que en tres ocasiones los había esquivado, y no porque hubiera robado sucesivamente cuatro coches y por último la motocicleta para ir siguiendo a Amelia sin que se fijaran siempre en el mismo vehículo tras ella, sino porque la intervención de otros hombres de cualquier cuerpo policial sólo que complicar las cosas, poner en mayor riesgo a Amelia.

De manera que, siempre solo, cambiando un vehículo por otro en cuanto tenía ocasión, había conseguido seguir a Amelia hasta que ésta abandonó su coche y se metió campo adentro. Cuando, al poco, vio aparecer la camioneta, comprendió lo que ocurría, y partió tras ésta sin vacilar.

Ahora, la camioneta se había detenido, al parecer definitivamente, en una granja.

O eso le parecía a Clifford que era el lugar. Al fondo se recortaba la silueta de la construcción, de un tipo que él conocía bien como la clásica granja cercana a Los Everglades. Sabía que estaba en el Sur del condado de Collier, en algún punto cercano a la estatal 41 más o menos a la altura de la localidad de Ochopee.

Muy bien, si el viaje había terminado él tenía ahora dos opciones clarísimas: opción a): volver con la motocicleta robada a algún lugar a pedir ayuda para cercar la granja en cuestión: opción b) seguir solo confiando en que él podría recuperar a Amelia sin poner su vida en mayor peligro del que sin duda ya estaba.

Lo sensato parecía la opción a), pero se decidió por la b). y ello por la razón de que tenía la certeza de que si aquella gente se veía de algún modo amenazada lo primero que haría sería destrozar a Amelia. Por lo tanto, decidió arreglárselas solo cuando menos para conocer la situación a fondo en lo posible, y tomar una determinación final a la vista de la situación.

Unos diez minutos más tarde conseguía llegar sigilosamente junto a la camioneta, que se hallaba a unos treinta metros de la granja, en la cual se veía luz. Una luz que llegaba de modo suficiente a la camioneta para que Cliff pudiera ver la matrícula de cerca por primera vez.

No era la que él recordaba, claro.

Pero no importaba. En cualquier caso, él sabía que Amelia estaba en aquella granja, y consecuentemente también debía estar allí en Enano Sádico que tanto interés había demostrado por ella. La cuestión…

El gruñido a sus espaldas lo dejó petrificado. Estaba acuclillado mirando la matricula, y, por supuesto, no había oído ruido alguno: sin embargo, ahora tenía tras él un perro… No, dos perros, porque oyó enseguida otro sordo gruñido.

Tres. Tres perros.

Clifford Daniels sentía los cabellos de punta. No se atrevía a moverse en absoluto.

Recordaba la pistola de Bob Frost tirada en un rincón: debían haberle atacado de modo tan fulminante que, si fue él quien tuvo tiempo de desenfundarla, de nada le sirvió, pues no le dieron tiempo a utilizarla… Aunque no creía que a Bob le hubieran atacado unos perros. Más bien debió hacerlo la misma «persona» que actuó en el jardín del edificio de apartamentos donde había estado alojada Amelia…

—Es usted muy prudente, teniente Daniels —le llegó la suave voz—. Y tiene nervios de acero, como suele decirse. ¿Cuánto tiempo sería capaz de permanecer inmóvil bajo la atención de mis perros sabiendo que mientras tanto la señorita Waverly está pasando por… circunstancias sexuales poco agradables?

Cliff no contestó. Ni se movió. Estaba buscando desesperadamente una solución. Tenía una pistola, y sabía usarla muy bien. Detrás tenía tres perros. ¿Podría él ser lo suficientemente rápido para…?

—Siga a mis perros, teniente —sonó de nuevo la voz—. Y le voy a hacer una advertencia que no debe olvidar: si usted intenta sacar su arma lo harán pedazos. Han sido entrenados especialmente para situaciones de esa clase, usted ya me comprende.

Cliff asintió, como si el propietario de la voz pudiera oírlo, y se incorporó. Se

volvió despacio.

Cuatro. Cuatro perros: tres negros y uno blanco, el maldito caniche que había acompañado a Amelia. De éste partió la voz de nuevo:

—Camine hacia la granja, teniente, y entre sin cuidado. Le estoy esperando en la sala. Siga al caniche. ¿Le gustan los perros, teniente? Mejor dicho: ¿Te gustan los animales en general?

Clifford no contestó. El caniche se dirigía hacia la granja, y él partió en su pos. Detrás de él se deslizaron silenciosamente los tres perros negros, dos de ellos Doberman; el otro no supo clasificarlo.

—No es usted muy hablador, teniente.

Este apretó los labios. No se oía nada en parte alguna, el lugar era apartado, tranquilo.

A aquella hora, cerca de las diez de la noche, y en aquel lugar, no era probable que acudiera nadie ni por casualidad. Y sin la menor duda de día estaba igualmente poco frecuentado…, o nada frecuentado.

Llegó al porche de la granja, empujó la puerta, entró, y se dirigió a la sala, en la cual había luz.

Nada más entrar vio al enano.

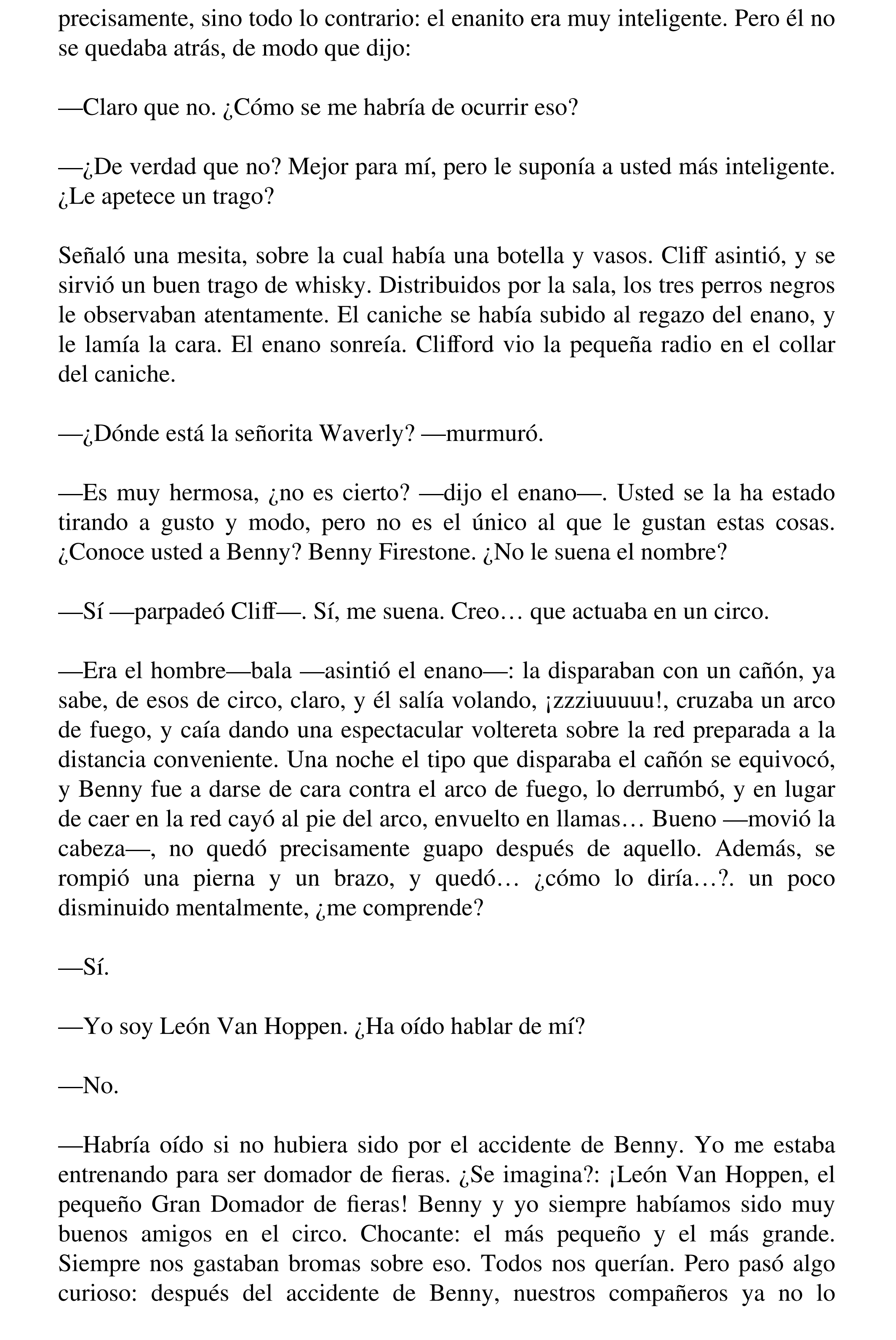
Estaba sentado en un sillón, y le contemplaba con risueña curiosidad. Era el maldito niño, desde luego. Parecía talmente un simpático muñeco colocado en el sillón como en un juego. Como no tenía que actuar de niño ni de anciana no estaba recién afeitado y muy apurado, así que se le veía la sombra oscura y tupida de la barba. No era un enano característico, de los que tienen los brazos y las piernas robustas y algo arqueadas. Era como un lindo muñequito de manos diminutas, cuerpecito de niño, sonrisa de serafín.

—Usted y yo ya nos conocemos, teniente —sonreía el enano—: me salvó la vida cuando creyó que el chimpancé iba a agredirme. ¿Recuerda?

—Sí.

—Dígame la verdad: ¿ha dispuesto usted ya la búsqueda de un enano que hubiera trabajado en un circo?

Clifford sintió un repeluzno al comprender que no estaba ante un tonto


precisamente, sino todo lo contrario: el enanito era muy inteligente. Pero él no se quedaba atrás, de modo que dijo:

—Claro que no. ¿Cómo se me habría de ocurrir eso?

—¿De verdad que no? Mejor para mí, pero le suponía a usted más inteligente. ¿Le apetece un trago?

Señaló una mesita, sobre la cual había una botella y vasos. Cliff asintió, y se sirvió un buen trago de whisky. Distribuidos por la sala, los tres perros negros le observaban atentamente. El caniche se había subido al regazo del enano, y le lamía la cara. El enano sonreía. Clifford vio la pequeña radio en el collar del caniche.

—¿Dónde está la señorita Waverly? —murmuró.

—Es muy hermosa, ¿no es cierto? —dijo el enano—. Usted se la ha estado tirando a gusto y modo, pero no es el único al que le gustan estas cosas. ¿Conoce usted a Benny? Benny Firestone. ¿No le suena el nombre?

—Sí —parpadeó Cliff—. Sí, me suena. Creo… que actuaba en un circo.

—Era el hombre—bala —asintió el enano—: la disparaban con un cañón, ya sabe, de esos de circo, claro, y él salía volando, ¡zzziuuuuu!, cruzaba un arco de fuego, y caía dando una espectacular voltereta sobre la red preparada a la distancia conveniente. Una noche el tipo que disparaba el cañón se equivocó, y Benny fue a darse de cara contra el arco de fuego, lo derrumbó, y en lugar de caer en la red cayó al pie del arco, envuelto en llamas… Bueno —movió la cabeza—, no quedó precisamente guapo después de aquello. Además, se rompió una pierna y un brazo, y quedó… ¿cómo lo diría…?. un poco disminuido mentalmente, ¿me comprende?

—Sí.

—Yo soy León Van Hoppen. ¿Ha oído hablar de mí?

—No.

—Habría oído si no hubiera sido por el accidente de Benny. Yo me estaba entrenando para ser domador de fieras. ¿Se imagina?: ¡León Van Hoppen, el pequeño Gran Domador de fieras! Benny y yo siempre habíamos sido muy buenos amigos en el circo. Chocante: el más pequeño y el más grande. Siempre nos gastaban bromas sobre eso. Todos nos querían. Pero pasó algo curioso: después del accidente de Benny, nuestros compañeros ya no lo

miraban igual, sino con… terror y asco. Eso no era justo, ¿verdad?

—No, no lo era.

—A mí me dolió mucho. Yo quería mucho a Benny, y sigo queriéndolo. Somos amigos. Por eso, cuando le dijeron que le iban a dar cuatro cochinos centavos de indemnización por el accidente, y que si quería seguir en el circo tendría que ser de encargado de las mierdas de los animales, me sentí profundamente disgustado. Benny estaba dispuesto a aceptar, pues ya le digo que quedó disminuido mentalmente, y todo le era prácticamente igual, pero yo no lo consentí. Benny —le dije—, nos vamos a largar los dos se aquí, nos haremos ricos, muy ricos, y cuando estemos listos para ello volveremos por aquí, arrasaremos este circo y entonces nosotros montaremos uno de nuevo y nuestro. ¿Sabe qué dijo Benny?

Clifford se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué dijo? —murmuró.

—Dijo: ¡guéeeeéee, si, León, haremos eso, haremos lo que tú digas!

—Escuche la señorita Waverly no tiene la culpa de nada de eso. Sólo es una joven veterinaria que quiso ayudar a la Policía…

—¿Se preocupa por la señorita Waverly? Tranquilícese: Benny está locamente enamorado de ella, así que no le hará mal alguno. Eso sí, se la tirará hasta cansarse, lógicamente, pero eso no es nada malo para una mujer. Es normal que se relacione sexualmente, ¿no le parece? Oh, vamos, teniente, no ponga esa cara, sólo se trata de darle al pobre Benny un poco de satisfacción en esta cruel vida que todos vivimos. Además, ¿acaso eso va a menoscabar o… desvalorizar a la señorita Waverly?

—Me interesa la vida de ella, no su trayectoria sexual.

—Tranquilícese, entonces, porque la señorita Waverly va a vivir mucho tiempo —León Van Hoppen sonrió—. Va a vivir todo el tiempo que Benny esté enamorado de ella, ¿comprende? En cuanto a usted… Bueno, francamente, no sé qué hacer con usted, teniente. Es un hombre apuesto, inteligente, valiente… Ha demostrado las dos últimas cualidades al seguirnos en solitario y meterse en la boca del lobo sin titubear. Admirable. ¿De verdad no están buscando un enano?

—De verdad —mintió de nuevo Clifford.

—Bien… Espléndido. Me costó mucho montar todo este tinglado de amaestrar perros y monos para poner en marcha mi plan de enriquecerme. Usted fue nombrado encargado directo en Miami de capturar mi banda, y se ha acercado mucho a mí. Lo monté todo pensando en engendrar una gran dosis de miedo para que nadie se atreviera a atacar en modo alguno a mis animales, y no se puede decir que me haya ido mal. Y todo hecho tan limpiamente…

—¿Limpiamente? Usted es un sádico que gozaba viendo cómo sus animales hacían trizas a la gente. Le gusta la sangre. Y tuve la certeza absoluta de ello cuando encontré a aquel pobre desdichado que hacía de perro con la garganta destrozada, muerto entre los arbustos de flores. Usted estaba allí, y lo mató para eliminar pistas. Usted siempre ha estado en los sitios donde se ha vertido sangre.

—Vamos, vamos, no se acalore. Aquellos dos sujetos que envié a la señorita Waverly, para divertirme un poco, eran dos delincuentes de cuidado, seleccionados cuidadosamente para algunos menesteres que a veces no podía soslayar, y que, claro, no quería que los viesen realizar a un enano o a un hombre de las características de Benny, que tiene que ponerse una careta de goma con aspecto de gorila cuando conduce la camioneta… ¡Y qué bien se lo pasa Benny conmigo, teniente! Lo mismo cuando salimos a trabajar que cuando pasamos aquí horas y horas charlando o viendo la televisión, o entrenando a nuestros animales. ¿Sabe cuántos perros tengo, teniente? Más de cien. Están en ese cobertizo contiguo a la casa. Y catorce chimpancés, que son los… oficiales de mi tropa, pues, claro, son más inteligentes que los perros… Mire, ¿ve este silbato? Si yo lo toco, pueden suceder muchas cosas, y ninguna buena para quien me esté molestando. Por medio de determinadas notas emito órdenes que son rápidas y eficientemente cumplidas. Con este silbato, teniente, puedo convertirme en amo y señor de una ciudad, por ejemplo, tan sólo colocando a mis animales en sitios estratégicos…, y emitir las notas adecuadas. ¿Se imagina usted si envío mis perros a un colegio infantil?

Clifford respingó, y se quedó mirando aterrado a León Van Hoppen, que asintió gozosamente.

—Sí, lo voy a hacer pronto. Bien pensado… ¿por qué correr tantos riesgos asaltando bancos? Se me ocurrió hace un par de noches: en vez de asaltar bancos enviaré perros a lugares donde hayan niños, los apostaré allí, y entonces llamaré a uno o varios bancos diciéndoles que si no depositan tanto y cuánto dinero en tal sitio o se lo entregan a mis chimpancés, mis perros harán pedazos a veinte, treinta, cuarenta niños… en un abrir y cerrar de ojos. ¿No le parece una excelente idea?

—Es lo más criminal que he escuchado en mi vida —jadeó Clifford.

—Vamos, vamos, no sea pusilánime. ¿Qué son unos cuantos niños, a fin de cuentas? Son sólo seres que crecerán y serán tan malos como los que querían meter a Benny de cabeza en un montón de mierdas. Así que aunque de cuando en cuando yo disfrute viendo cómo mis perros comen carne tierna…

El grito femenino llegó, tremolante, nítido, hasta la sala. Cliff se tensó, volvió la cabeza hacia la puerta, y luego miró al enano con los ojos ardientes de odio. Tan evidente fue esto que León Van Hoppen se apresuró a tocar su silbato…, y en el acto los tres perros rodearon a Clifford gruñendo de modo espeluznante.

León se puso en pie.

—Venga, teniente, lo llevaré a usted con la señorita Waverly, para que se convenza de que no le está ocurriendo nada que no sea… biológicamente natural. Venga, venga conmigo.

Salieron de la sala, recorriendo un largo pasillo, y se detuvieron ante una puerta cerrada tras la cual se oían sollozos y roncos murmullos. El enano la abrió, y señaló su interior. Clifford entró.

Había una cama enorme en el centro de la habitación, y en esa cama, completamente desnuda y alborotada como nunca su hermosa cabellera solar, yacía Amelia Waverly.

Sobre ella, penetrándola con ímpetu bestial e igualmente desnudo, se hallaba un gigante horripilante, lleno de pavorosas cicatrices en todo el cuerpo, y que volvió la cabeza al oírlos. Clifford Daniels no pudo evitar una exclamación de horror al ver aquel rostro cuarteado y destrozado por el fuego, en el que los ojos, grandes, enormes, negrísimos, parecían dos fuegos volcánicos.

Cuando vino a reaccionar, ya León Van Hoppen estaba diciendo:

—¡Cuidado, Benny, este hombre quiere quitarte a la señorita Waverly.

El horrendo gigante saltó en el acto de sobre el cuerpo de Amelia como si le hubiera picado una víbora, y se plantó en dos zancadas ante Cliff, al que asió con ambas manos por la ropa.

—Lo voy a matar. León —dijo—. ¡Lo voy a matar!

—Me parece bien. Benny. Pero ten cuidado con él… ¡Lleva una pistola, como

el otro!

—¡GRRRRUUUMMMM! —gruñó con tremendo sonido abdominal Benny.

Clifford Daniels tuvo la sensación de que su cuerpo quedaba súbitamente congelado.

Mientras Benny le quitaba de un manotazo la pistola de la funda, él comprendía, entre aterrado y furioso, que aquella bestia humana era la que había destrozado al bueno de Bob Frost. León Van Hoppen acababa de darlo a entender claramente: lleva una pistola, como el otro.

Pero ahora él no llevaba ya ninguna pistola, pues Benny se la había arrebatado y la había tirado a un rincón de la habitación, y acto seguido lo estaba sacudiendo de tal modo que parecía que todos sus huesos fuesen a saltar en pedazos.

—¡Duro con él, Benny! —aconsejó León Van Hoppen—. ¡No dejes que él te impida disfrutar de la señorita Waverly!

—No, León, no le dejaré —aseguró el monstruo—, ¡Guéeeeéeee, ella es para mí, para que yo la penetre mucho, mucho, mucho…!

—Así me gusta, Benny. Sigue, sigue, yo te espero a fuera. Luego charlaremos, ¿eh, Benny?

—¡Guéeeeéee…!

León Van Hoppen dirigió una sádica mirada a Clifford, retrocedió, y él y sus perros abandonaron el dormitorio. Al cerrarse la puerta, Clifford oyó la risa del enano, y comprendió perfectamente sus motivos: la sola idea de lo que Benny podía hacer con él ya divertía al Enano Sádico…

—Es mía —le decía Benny, sacudiéndolo brutalmente de nuevo—, ¡Es mía, y a ti tampoco te dejaré que me la quites! ¡El otro quería quitármela, pero no se lo permití! Lo fui a buscar, y le dije que ella era mía… ¿Me estás oyendo, ladrón?

Clifford oía, pero era como si en lugar de voz del interior de aquel corpachón brotase una tormenta rugiente. Veía, como multiplicada por mil, a Amelia Waverly, en la cama, y le parecía que sus ojos se habían agigantado: la muchacha estaba sollozando, temblando como consecuencia de las brutales acometidas de aquella bestia de más de dos metros que lo estaba destrozando a él sólo sacudiéndolo…

Sin más, Clifford Daniels se concentró y disparó su puño derecho contra el ojo de Benny, que lanzó un resoplido y dejó de sacudirlo. Eso fue todo. Dejó de sacudirlo y se quedó mirándolo. Clifford sintió como si mil barras de hielo se incrustaran en su columna vertebral.

—¡GRRRUUUuuuUUUMMMMM! —gruñó ventralmente Benny.

Clifford disparó de nuevo el puño, y sintió cómo se hundía en la carne tierna, quemada y rosada del rostro de Benny Firestone, que volvió a gruñir, alzó al teniente de policía sobre su cabeza, y lo lanzó hacia una esquina del cuarto, talmente como un hombre normal arrojaría a un bebé.

El policía voló, se estrelló contra el ángulo de las dos paredes, y cayó al suelo como roto. No veía nada, pero de lejos le llegaban gruñidos y resoplidos. Pareció que el suelo temblase, que el mundo estuviera sometido a un terremoto. Unas manos le asieron por la ropa, y lo alzaron.

—¡GrrRRRUUUMMMMM!

Clifford oyó la voz de Amelia, como lejana, implorándole que se protegiera, que tuviera cuidado. Sacudió la cabeza, y gritó al ver ante su rostro el de Benny, que lo acercaba, abierta la boca. Intuyó a tiempo que el monstruo quería morderle la cara, y la ladeó justo a tiempo mientras alzaba su rodilla derecha, golpeando los excitados genitales de Benny, que lanzó un bramido y lo soltó. Clifford cayó de rodillas ante el gigante, que se había encogido y retrocedía un paso, llevándose las manos al lugar golpeado.

El policía se puso en pie, miró la rodilla derecha de Benny, y le lanzó allá el siguiente golpe, con su pie derecho, aplicándolo igual que si quisiera partir un leño apoyado en dos puntos. La rodilla de Benny crujió como si realmente fuese un leño seco, y el gigante cayó hacia atrás causando un estruendo tremendo. Se puso de rodillas enseguida…, y recibió en el ojo izquierdo el puntapié que le aplicó Cliff Daniels.

—¡GRRRUUUUMMMMMMMM! —rugió enloquecido de furia el monstruo.

Con el ojo chorreando sangre, se puso en pie, agarró a Cliff por la ropa, lo alzó de nuevo, y lo tiró otra vez contra la pared: cuando Cliff se puso en pie de nuevo le parecía que tenía rota la espalda y ambas piernas… Aterrado, vio venir al monstruo hacia él. Se sintió asido por la ropa, que crujió y se rasgó como si fuese de papel. De un modo pavoroso, la ropa de Cliff saltó hacia un lado mientras él saltaba hacia otro…, para dar de nuevo de cara y pecho contra la pared. Al rebote cayó de espaldas, y se quedó como flotando en un

madero en un mar embravecido. Todo se agitaba, subía y bajaba. Amelia estaba gritando.

Abrió los ojos, y vio el enorme pie de Benny sobre su cabeza. Rodó hacia un lado, y el enorme pie descalzo de Benny golpeó el suelo haciendo temblar de nuevo todo el edificio. Debió hacerse daño, porque soltó un bramido y quedó sobre un pie, agarrándose el otro con ambas manos. Clifford se puso en pie, y aplicó otro puntapié a los genitales del gigante, que saltó como si tuviera un muelle en las rodillas, y cayó de bruces.

Jadeando hasta el ahogo, Cliff retrocedió, para tomarse un respiro antes de acudir en ayuda de Amelia, pues consideró que la cuestión ya estaba zanjada…, pero sus ojos se desorbitaron cuando de nuevo Benny comenzó a ponerse en pie como si todo él estuviera hecho de mecanismos y no de articulaciones humanas.

—Dios… bendito… —jadeó el policía.

Su mirada fue hacia el rincón donde había ido a parar la pistola, pero, casualmente o no, Benny en todo momento se interponía entre él y el arma.

Y de nuevo avanzaba hacia él, rugiendo, gruñendo, escupiendo sangre y con un ojo medio reventado… Cliff acudió a su encuentro, le golpeó en la cara, en el vientre, en el pecho, de nuevo en la cara…, mientras las manos de Benny le agarraban por el cuello y pretendían retorcérselo como si el policía fuera un ave a sacrificar.

El primer disparo lo efectuó Amelia Waverly.

Benny recibió el balazo en plena espalda, y posiblemente debió pensar que acababa de picarle un mosquito. Sus intenciones respecto a Cliff no cambiaron en absoluto, pero el segundo balazo, también en la espalda, ya pareció incomodarlo un poco. Manteniendo suspendido a Cliff, se volvió a mirar a la aterradísima Amelia, que, sosteniendo el arma con ambas manos, se disponía a disparar por tercera vez.

En aquel momento, pasando un antebrazo entre los dos de Benny. Cliff golpeaba a éste en el ojo sano, y el gigante lanzó un berrido y lo soltó. Cliff cayó ante sus piernas, y Benny se inclinó rápidamente para agarrarlo, pero el policía pasó bajo el arco de sus enormes piernas, salió por detrás, alcanzó de un salto a Amelia, y le quitó el arma de las manos.

Cuando Benny se volvió, su suerte ya estaba echada.

En manos de Clifford, la pistola resultó mucho más eficaz, pues el policía sabía perfectamente adónde debía disparar para detener aquella bestia humana incontrolable.

Apuntó al centro de la frente y disparó una sola vez.

Benny Firestone se detuvo. En sus ojos rotos, sangrantes, dislocados por la furia, todavía hubo como un destello del último fuego. Enseguida, pareció que una negra tormenta lo velase todo. El gigante permaneció en pie, sin embargo. Estaba muerto y seguía de pie, teniendo frente a él al policía, y, agarrada a éste con desesperación de moribunda, a Amelia Waverly, que le contemplaba con el máximo horror que se pudiera sentir…

—¡ Benny! —sonó la voz del enano al otro lado de la puerta—. ¿Has disparado tú, Benny?

Clifford Daniels reaccionó con una rapidez que, ciertamente, fue salvó su vida y la de Amelia: dio la vuelta, corrió hacia la ventana cerrada a cal y canto, y la abrió, saltando por ella inmediatamente. Amelia no había necesitado ninguna explicación, así que cayó en sus brazos apenas él estuvo dispuesto para ayudarla.

—A la camioneta —jadeó Cliff—, ¡Amelia, por el amor de Dios, corre aunque se te salgan los pulmones!

Por detrás de ellos sonó el primer ladrido, dentro del dormitorio de Benny, cuando apenas habían recorrido seis metros. Tal como Clifford había temido y previsto, al no recibir respuesta de Benny el enano había abierto la puerta y había metido dentro del cuarto a los perros, convencido de que destrozarían a Amelia y a él si algo le había ocurrido a Benny…

Estaban a menos de diez metros de la camioneta cuando sonó el primer ladrido en la ventana. Clifford volvió la cabeza, y vio la mancha negra saltando por la ventana. Fue como si le pincharan en las posaderas con una lanza de fuego. Agarró a Amelia de una mano, y aún corrió más, casi arrastrando a la muchacha.

El tiempo les fue tan justo que cuando Cliff cerró la portezuela derecha de la camioneta atrapó con ella el morro del perro más adelantado, que lanzó un aullido y retrocedió. Cliff terminó de cenar la portezuela, y se apresuró a subir el cristal. Amelia, que apenas podía respirar, se desplazó hacia la otra portezuela, y también subió el cristal…, en el momento en que el morro de un perro aparecía y se estrellaba contra él.

Cada uno por una ventanilla se quedaron mirando con ojos desorbitados los perros que acudían en tropel hacia la camioneta. En la ventana se veía la silueta del enano, tocando el silbato…, y todos los perros y chimpancés que habían permanecido en el cobertizo iban saliendo como enloquecidos y corriendo hacia la camioneta, contra la que comenzaron a estrellarse como si fueran balas de cañón. Se subieron encima por todas partes, sus fauces furibundas aparecían a través de los cristales, arañaban éstos, las puertas de atrás, las laterales, el parabrisas… Cliff y Amelia estaban envueltos en una tormenta de rugidos, en un torbellino de fauces que ansiaban sangre…

—Aparta —jadeó el policía—. Voy a poner… en marcha este… cacharro y…

Su mano se cerró en el vacío. La llave de contacto no estaba puesta.

—Vigila… a ver… qué hace el… el enano.

Apenas podían hablar, y Amelia tenía dificultades tan sólo para respirar. Era como estar metidos en un pozo del horror, rodeados de fauces y de ojos relucientes. Clifford buscó con manos torpes el punto donde debía arrancar los hilos para provocar el contacto sin la llave y robar así en aquel día otro vehículo. Y mientras tanto, los animales seguían llegando y saltando sobre la camioneta, hasta que llegó el momento, cuando ya Clifford había arrancado los hilos y se disponía a provocar el encendido, en que la acumulación de animales era tal ante el parabrisas que no veía nada frente a la camioneta. No podría conducir en estas condiciones, ciertamente.

—La madre… que te parió…

Cambió de nuevo de lugar con Amelia, y vio a León Van Hoppen ahora más cerca, a unos treinta metros, haciendo cómicos gestos con los brazos. En su boca, el silbato relucía a la luz de las estrellas.

—Vas a ver tú…

Clifford Daniels bajó dos dedos el cristal de la ventanilla derecha, y, haciendo lo posible por desentenderse de los animales que había en aquel lado, apuntó con la pistola al enano, apoyando el cañón en el codo izquierdo.

Durante cinco segundos, aguanto firme, tensos los nervios, centró y aseguró el disparo.

Entonces, apretó el gatillo.

ESTE ES EL FINAL

—¡Es lo más divertido que he oído nunca! —rio Bob Frost, tendido en su lecho del hospital—. ¡Un enano tragándose un silbato!

—Fue un buen tiro —admitió sonriendo Clifford.

—¿Y qué pasó después?

—Ah, nada, el resto ya fue coser y cantar: en cuanto el energúmeno aquel dejó de tocar el silbato los animales se fueron calmando y regresando a su cobertizo, de modo que en cuanto despejaron el parabrisas, nos largamos de allí. Cuando volví con varios hombres la cosa no presentó ninguna dificultad. Los animales, salvo cuatro o cinco que tuvieron que ser sacrificados porque no atendían el buen trato, no ofrecieron mayores problemas. De modo que esto ha terminado, Bob.

—Ya, ya. ¡Corto, un enano y un gigante! ¡Qué cosas!

—¿Cómo te va a ti? —preguntó sonriente Amelia.

—Pues ya veis… Hecho un paquete de galletas pisadas, pero creo que saldré de esta. Al menos eso dicen, después de una semana que no sabían si yo era un conejo o una trucha. Y lo primero que veo en cuanto me dejan recibir visitas es tu linda cara… ¡Y yo te vi primero!

—También yo la vi primero que Benny, y el muy bestia la quería él —dijo Clifford—, En serio, Bob: ¿cómo te sientes?

—De verdad: bien. Hombre, roto por todas partes, y sé que tendrán que ponerme tres dientes postizos, arreglarme la cara y todo eso, pero no estoy mal, si puedo hablar con la mandíbula rota. Oye, ¡no os habréis casado en esta semana negra mía!

—No, hombre, tranquilo. Esperaremos a que salgas de este lugar y serás el padrino…

—¡Y un huevo! —aseguró Frost—. ¡No hablar de eso!

—Tenemos otra buena noticia para ti —dijo Amelia—: en cuanto salgas de aquí te van a dar el nombramiento de sargento.

—Atiza —se pasmó Frost—. Pero… ¿es que va en serio?

—Completamente —aseguró Clifford—. El capitán Weston y yo hemos presionado sobre un expediente que a fin de cuentas ya estaba en marcha. La última razón convincente es que un tipo que se enfrenta solito mano a mano con una bestia como Benny y sale con vida lo menos que merece es ser sargento.

—Pero… tú también lo hiciste —murmuró Frost.

—Sí, pero yo ya soy teniente, o sea, más que sargento, y además tengo a Amelia.

—Caray —meditó Frost—. Voy a ser sargento, padrino de bodas, y muy pronto me llamarán tío Bob… ¡Qué jugada, hermanos!

FIN